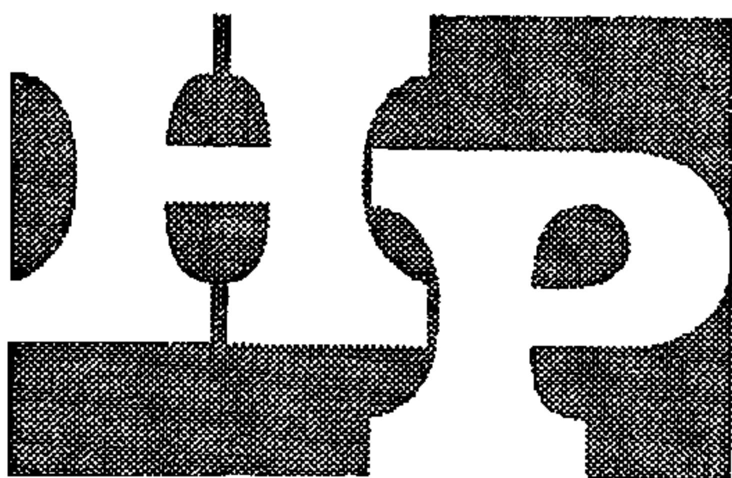


Silver Kane

PALABRA DE PISTOLERO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

PALABRA DE PISTOLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 141
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito legal: B. 31.563 – 1972

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: setiembre, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Primero se había llamado Ciudad Seca luego Villa del Hambre, y, por fin, Ciudad de Plata. Éste fue el nombre que prevaleció.

Cuando en verano los ríos bajaron secos y los hombres reventaban de sed por las calles, a nadie se le ocurrió decir que el nombre de la ciudad fuese inadecuado. Cuando las nieves aislaron aquel salvaje grupo humano, y los mismos hombres que habían reventado de sed se mordieron ahora por unas onzas de harina, hubo quien empezó a llamar a aquel sitio Villa del Hambre, y nadie se lo discutió. Pero cuando de las entrañas de su subsuelo empezaron a ser extraídas verdaderas montañas de plata, y algunos pensaron en cambiar el nombre a la ciudad hubo un individuo que alzó su voz de protesta. Ese individuo era Glenn Bowery.

«Director del único periódico del Oeste» se titulaba pomposamente a sí mismo, aunque en realidad no lanzase al mes más allá de ocho números que nadie, excepto los tahúres, sabía leer. Glenn sentó la afirmación de que una ciudad tan pervertida como aquélla no podía llevar decentemente un nombre tan hermoso como Ciudad de Plata. Que, puesto que el plomo era el metal que más abundaba en ella, y el que más fácilmente se encontraba sin necesidad de buscarlo, aquel maldito grupo de casuchas y de cuevas debía en realidad llamarse Ciudad del Plomo, o Brillante Cementerio.

Glenn no se dio cuenta de que, con la explotación de las minas, había cambiado el espíritu de aquella tierra. Ahora había más tahúres, más gente influyente a quien molestaba verse atacada en un periódico, aunque éste fuese tan insignificante como el de Bowery. No se dio cuenta de que con su cantilena: «Yo he venido a esta tierra para regenerarla, y mi periódico es mi voz», empezaba a

cansar a mucha gente. Sobre todo, cuando empezó a fechar sus ejemplares en Ciudad del Plomo, hubo quien frunció los labios con un gesto de desprecio.

Y el primer tipo que hizo eso fue Milton Pol. También el último. Al día siguiente mató a Glenn Bowery por la espalda, pero eso sí, elegantemente y con una bala de plata que se había hecho fundir especialmente, demostrando así que el viejo periodista no tenía razón.

A partir de entonces, a nadie se le ocurrió volver a llamar Ciudad del Plomo a aquel montón de casuchas edificadas sobre una de las tierras más ricas del planeta.

Ciudad de Plata tenía todo lo que un lugar honrado no debe de tener. Sobraban pistoleros, tahúres, ambiciosos, cuchilleros que habían aprendido en México el delicado arte de matar de cerca. Sobraban al menos siete saloons de los once que había. Sobraban los cuatro grandes almacenes de bebidas, y faltaba un almacén más de comestibles, pues cualquier otra nevada podía condenar a la ciudad a una nueva odisea de hambre. Sobraban minas abiertas al azar, sin ninguna medida de seguridad, en un desesperado y cruel esfuerzo para buscar la fortuna como fuese. Sobraban hombres como Milton Pol y faltaban viejos como Glenn Bowery. Pero la verdad es que cuando éste fue enterrado, nadie lo echó de menos. Y hubo quien felicitó a Milton por su buena puntería.

A Ciudad de Plata llegaban cada día hombres atraídos por el brillo de las riquezas. Algunas de las minas producían ya cinco mil dólares diarios al año de su explotación, y aunque por medios legales no era posible ya obtener un pie de tierra donde abrir una nueva, todos los recién llegados esperaban hacerse con una mediante las cartas, los revólveres o los cuchillos. Y cada vez había en la ciudad más tipos dispuestos a acabar con cualquiera que se pareciese a Glenn.

Ni Mark Peters ni Jim Latter llamaron la atención a pesar de que, por rara casualidad, fueron los únicos que llegaron aquel día. Ambos eran jóvenes —oscilaban entre los veintitrés y los veintisiete años, nadie hubiese sabido precisarlo—, venían cubiertos de polvo y montaban esqueléticos pencos que sólo podían ir al paso. Ambos llevaban revólveres de culatas blancas, sin muescas, y los cintos bien repletos de munición brillante, buen plomo por estrenar. Los

dos tenían cara de hambre y de cansancio, pero al llegar a Ciudad de Plata hicieron cosas muy distintas. Entraron cada uno en la ciudad por un extremo opuesto, pues uno venía del norte y otro del sur, se cruzaron en la única calle de la población, y mientras Mark entraba en el más próximo saloon, Jim iba a las oficinas de una mina en busca de trabajo.

Las escenas que los dos vivieron fueron también muy distintas.

Jim dio con las oficinas de la mina más importante de la población. Allí estaba Rufus Coley, representante de Milton Pol, que era a su vez capataz, y administrador de la mina. Rufus tenía ferozmente asida por la mano a Nancy, una de las pocas mujeres de la población, e intentaba besarla a viva fuerza. Puso mala cara cuando Jim entró.

—¿Qué diablos quiere?

—Sentiría haber sido molesto.

—Ya es tarde para sentirlo. Diga lo que quiere o lárguese.

La que se «largó» fue la muchacha, que no esperaba más que aquella oportunidad. Rufus la vio salir con ojos llameantes.

—¡No esperes que tu padre tenga un mejor destino en la mina, maldita arpía! —Gruñó—. Y ahora usted, aguafiestas, ¿qué busca en la mina «Schultz»?

—Trabajo.

El representante de Milton le miró con ojos desdeñosos, calibrando su potencia física.

—Vuélvete.

Jim lo hizo, aunque sabía que aquélla era una innecesaria humillación, pues en las minas faltaban jornaleros, y a nadie se le preguntaba si podía o no sostener una pala. Rufus examinó la anchura de sus espaldas y la flexibilidad de su cintura, como un patricio romano examinaría las de un esclavo antes de comprarlo.

—Cuatro dólares diarios y todo el día bajo tierra. Ni soñar en empleitos de lavar el mineral o de subir y bajar cestas. A cavar galerías. Si conviene, bien; si no, vete al infierno.

—Conviene.

Rufus le volvió la espalda. No había por qué seguir hablando.

—Puedes empezar mañana. A las seis. Tráete ropa sucia, y deja la artillería en casa.

Jim le tocó suavemente en el hombro, queriendo llamar su

atención.

—¿Es posible obtener un ascenso con el tiempo? He estudiado minería en el Este, y yo…

Los ojos de Rufus le miraron con un infinito desprecio.

—Has estudiado minería en el Este, ¿verdad? Y seguramente serás de esos que se llevan las manos a la cabeza al entrar en la mina y dicen que aquello es un asesinato de hombres. ¡Si piensas reformar esto, más vale que vayas a predicar el celibato a los mormones! ¡Largo de aquí! ¡Largo, antes de que te marque la cara!

Jim le miró con los labios plegados en una leve sonrisa, pero nada dijo. Se dejó empujar y, medio tambaleándose, salió de la casa. Frente a ella, al otro lado de la calle polvorienta, había un hotel. Su dueña y conserje era una mujer, y había tipos en Ciudad de Plata que tenían aquí alquiladas dos habitaciones, aunque vivieran en otro sitio. Sólo iban allí a pedir y dejar la llave cuatro o cinco veces al día.

Entretanto, la actitud de Mark y su primer contacto con la población habían sido distintos. Después de entrar en el saloon, se había apoyado en el largo mostrador, de espaldas a la sala.

Mientras bebía su *brandy*, un gigante, a su lado, dio señales de vida. Había entrado una muchacha en el local y el hombre, sin perder tiempo en explicaciones, la sujetó por el brazo. Un tipo de unos cincuenta años, desarmado, que la acompañaba, se encaró con el gigante.

—¡Suelta a Lixie, Burns! ¡Ella y yo nos marchamos de esta tierra maldita! ¡Sólo hemos venido a recoger nuestro dinero! ¡Suelta te digo, Burns!

La voz del hombre era rabiosa, aunque conocía su impotencia. Se trataba, sin duda, del padre de la joven. Burns la soltó, pero fue para sujetarle a él. Sus ojillos destilaban odio.

—¡Ya estoy harto de tus sermones, condenado Larry! Tú te marcharás, pero la chica va a quedarse aquí, en Ciudad de Plata. ¡Y si no obedeces, quedará huérfana! ¡Y a mí me nombrarán su tutor!

Una carcajada unánime estremeció la sala. El hombrecillo estaba pálido y temblaba nerviosamente, pero sus ojos reflejaban una inquebrantable decisión, mirando al gigante con desdén y sin asomo de miedo. Sabía que podía matarle, pero en aquel momento defendía a su hija, y eso le prestaba una insospechada fortaleza. Si

alguien había de ultrajarla, a él no le importaba morir.

—Eres un canalla, Burns. En ti no hay más que libras y libras de carne de cerdo y de alma de canalla.

La voz fría del hombre exasperó al gigantón. A pesar de los esfuerzos de Lixie, arrojó a su presa al suelo, dándole en la pierna con su espuela mexicana. Burns le levantó, y de un gancho lo arrojó contra el mostrador bestialmente. De los labios del cincuentón brotó la sangre.

Intentó escabullirse, pero Burns no le dejó. Estirándolo sobre el mostrador, le golpeó de canto varias veces con la mano abierta, igual que si picara carne sobre un pilón. El hombre gimió ahora espasmódicamente, incapaz de soportar su dolor. Lixie, con los ojos anegados en llanto, prometió inútilmente a Burns, en voz alta, que no se marcharía de la población. El gigante encontraba una singular satisfacción en aquel trabajo, y lo ejecutaba a conciencia y con una feroz sonrisa en los labios. A cada golpe propinado, aquella sonrisa se hacía más ancha.

Nadie dudó que Lixie fuera a quedar huérfana inmediatamente ya que el fin irremediable de aquella escena sería la muerte de su padre. Burns había matado a golpes, un mes antes, a un minero mucho más fuerte que aquel hombre, destrozándole la cara de tal modo que a su propia esposa fue difícil identificar el cadáver. Esta vez la víctima resistiría poco. Pero a pesar de esa fúnebre seguridad, y a pesar de la crueldad inaudita del espectáculo, nadie intervino. Ni siquiera los gemidos histéricos de Lixie conmovieron a nadie. Mark bebía su *brandy* apoyado en la barra con una expresión de absoluta indiferencia, a pesar de que a cada golpe propinado por el gigantón temblaban sus codos apoyados en la madera. Ni la menor luz humanitaria, ni la menor chispa de interés por lo que a su alrededor ocurría, brillaba en sus ojos. Sólo se ocupaba en beber su *brandy* sorbo a sorbo, tragando lentamente.

Burns elevó al fin a su víctima, ya sin sentido, y la sostuvo en el aire con ambos brazos. Todos adivinaron, que había llegado el momento final, pero Burns aún alargó un poco más el espectáculo dando unas vueltas a su víctima por encima de la cabeza. Mark estaba tan cerca que una de las botas del infeliz, al rodar, le arrancó el sombrero de golpe.

Y entonces en sus ojos brilló una chispa de interés. Pero el brillo

de aquella chispa fue un brillo negro, si es que puede decirse así.

Esperó a que el gigante, en sus evoluciones, estuviera frente a él, y le escupió en la cara. Burns recibió el salivazo en plena boca, y se detuvo con una expresión de estupor.

Todos en la sala callaron, todos absolutamente. Cesó el tintineo de los vasos, el golpear de las barajas sobre las mesas. Hasta Lixie olvidó sus gemidos.

Burns dejó caer a su víctima al suelo, y se acercó un paso a Mark, mirándole con ojos de incrédulo. La barbilla le temblaba de rabia. Mark le miraba con la placidez del que por las noches se pone a contemplar una estrella.

—Se llama Burns, ¿no?

—Sí así me llamo. ¿Es que quiere saber quién va a matarle?

—No, sólo lo he preguntado por las iniciales de la caja. Suelo pagarlas yo.

Burns retrocedió un paso; y sus manos descendieron poco a poco hacia sus revólveres de culata negra, en cada una de las cuales había cinco muescas.

—Muy valiente es usted, forastero —chilló una voz, al fondo de la sala—. Nadie ha salido vivo de una pelea con Burns.

Mark adivinó que querían distraerle. No miró hacia allí.

—En efecto, es muy valiente. —Burns masticó las palabras—. ¿Y no puedo saber, al menos, por qué se empeña en morir?

—Nunca molesto a nadie haga lo que haga, pero no me gusta que me descubran la cabeza a la fuerza.

La voz del forastero era tan fría, cortante y serena, que Burns comprendió que aquél era un enemigo distinto a todos los demás. Y la confianza con que había comenzado aquel desafío se diluyó en su sangre como en el agua un puñado de sal.

Milton Pol estaba en la sala. Era el mejor vestido de toda ella. Y el más inteligente. Sus ojos contemplaron a Mark con una especial expresión; admiraron sus brazos largos y elásticos, sus manos de dedos firmes, su pecho ancho y macizo, y sus anchas espaldas de atleta. También miraron sus ojos de asesino profesional. Y no le cupo duda sobre el resultado del combate.

—Más vale que lo dejes, Burns —advirtió—. Al fin, él ha tenido razón para ofenderse.

Burns era uno de sus guardaespaldas más eficaces, y uno de los

pocos hombres capaces de imponer la disciplina más férrea en las profundidades de la mina; por eso no quería perderlo. Pero para el gigante, en aquel momento, ceder significaba el ridículo. Y no cedió.

—Si es que empieza a tener miedo de que este bicho me mate, Pol, le aconsejo que deje de beber.

Pero el capataz más importante de Ciudad de Plata insistió. Hablaba sinceramente, pero al mismo tiempo con la intención de que el forastero le mirase, momento que aprovecharía Burns para dejarle el abdomen bien relleno de plomo.

—Es que he visto a ese tipo en alguna parte, Burns. No puedo precisar dónde, pero le he visto. Y no en una fiesta benéfica. Diga su nombre, forastero: todos queremos saberlo.

El interpelado casi no movió los labios.

—Mark Peters.

Burns quiso disparar, ahogando un rugido, al oír aquel nombre. Sabía que su única esperanza estaba en ser el primero. Pero no lo fue. Recibió la bala en el mentón. Una segunda boca se abrió bajo la auténtica, y las dos parecieron lanzar un aullido de dolor y de rabia. La bala le destrozó la cara, pero no tuvo fuerza suficiente para hacerle cambiar de mundo. Se decía en Ciudad de Plata que Burns tenía tantas vidas como muertes causaba. Aun pudo sacar uno de los revólveres y ponerlo en posición de tiro, sin que Mark se moviese. Sólo lo hizo cuando vio que el cañón le apuntaba. Entonces sus dos armas vomitaron fuego otra vez, una apuntando hacia arriba, otra hacia abajo. Un doble espasmo sacudió a Burns al recibir una bala en el cuello y otra en el bajo vientre. Como una torre que se desmorona poco a poco, cayó chorreando sangre por los tres agujeros fatídicos.

Y todos recordaron entonces que tres agujeros en la piel era la marca profesional de Mark Peters, uno de los más temibles pistoleros de California. Burns cayó a sus pies, mirándole con sus dos ojos atónitos; era la primera vez que los ojos del rufián delataban un miedo incontenible. Y así quedaron para siempre, porque nadie le bajó los párpados.

Lixie arrastró a su padre hasta un rincón del local, intentando reanimarle. No lo consiguió, porque al hombrecillo se le había parado el corazón, minutos antes. Con sus ojos velados por las

lágrimas, Lixie contempló el humo del local, el cadáver de su padre, y se sintió desamparada y sola para siempre. Nadie se fijó en ella ni en su gesto de mudo dolor, al abrazar el cadáver silenciosamente. Todos rodearon a Mark, que seguía bebiendo su *brandy*.

Ésta era Ciudad de Plata, una nueva Babel poseída por todos los vicios y crímenes. Un lugar maldito, donde ni mujeres como Lixie ni hombres como Glenn Bowery podían vivir.

* * *

—Milton Pol ha perdido un guardaespaldas, pero ha encontrado a otro.

—No ha salido perdiendo en el cambio. Mark Peters es mucho más eficaz que la pantera de Burns.

—Ninguno de nosotros se atreverá a protestar ahora.

Éstas fueron las primeras palabras que Jim Latter oyó al ir a descender con un grupo a las profundidades de la mina. Por ellas se enteró de que un hombre llamado Mark Peters había llegado el día anterior a Ciudad de Plata. Y que había empezado limpiándola de una alimaña, pero por lo visto sin que hubiera la menor intención noble en aquel hecho. Dedujo que se trataba del tipo con el que se cruzó en la calle principal, aquel hombre erguido sobre su viejo penco, que casi no podía sostenerse. Había visto en su mirada, aunque fugazmente, una fría determinación.

—Milton Pol será todavía más dueño de hacer lo que le dé la gana.

—Milton Pol es el capataz, ¿no? —preguntó.

Un irlandés rubio, con cara de zanahoria, le miró fijamente.

—¿Cuándo llegaste a la población?

—Ayer.

—Lo mismo que Mark Peters. ¡Vaya dos visitantes tuvimos en el mismo día! Un pistolero y un idiota.

Jim no se ofendió. Se había hecho la firme determinación de no ofenderse por hirientes que fueran las palabras a él dirigidas. Miró al irlandés con expresión beatífica.

—¿Puede saberse por qué soy idiota?

—Un día es suficiente para conocer al granuja más granuja de Ciudad de Plata. Milton Pol es el capataz de esto, y algún día será el dueño absoluto. Sólo un tonto podía entrar a trabajar aquí sin haber

oído hablar de él. ¿Cómo pasaste ayer la tarde? ¿Durmiendo?

—Sí.

La respuesta mereció la carcajada general.

—Bien, no serás muy feliz aquí, de modo que harás bien durmiendo cuanto puedas. Milton sólo se ocupa de obtener rendimiento de la mina, sin importarle la vida de los que trabajamos aquí abajo. Hay protestas, claro, pero se pagan con la vida. Por eso ha estado siempre rodeado de buenos guardaespaldas. Antes fue Burns, ahora ese tipo que nunca pone muescas en los revólveres, porque necesitaría ya unas culatas más grandes que las Rocosas: Mark Peters.

Guardaron silencio, porque les correspondía entrar ya en la cesta para bajar a la mina. Jim dirigió una última mirada a la luz del día antes de sumirse en las tinieblas del pozo. Empezaba a clarear, y los perfiles del poblado minero se dibujaban confusamente. Las casuchas que ascendían por la cresta de la montaña, las cuevas abiertas por todas partes, junto a las bocas de las minas, daban al paisaje un aspecto de caos indescriptible. A la luz gris del amanecer, Ciudad de Plata resultaba de una tristeza y una desolación terribles, que encogían el alma. Jim Latter no pudo sustraerse a sus efectos deprimentes.

—¿Por qué no adecentan estas calles los ricos de la ciudad?

—¡Ja, ja! —La risa del irlandés era breve, hiriente—. Los ricos de esta ciudad —que son al mismo tiempo los más ricos del mundo—, sólo desean agotar sus minas, reventarnos a nosotros y salir volando hacia el Este. Muchos de ellos ya tienen palacios en Nueva York y en Filadelfia, ¿o es que crees que van a quedarse a vivir aquí? Dentro de diez años, esto será un cementerio abandonado.

Comenzaron a descender. La cesta se bamboleaba y causaba la sensación de que a cada momento iba a precipitarse rugiendo hacia las profundidades de la mina. Sus bordes rozaban las paredes, a las que había adheridas, junto a las galerías, tiras de piel humana. Todos miraron a Jim esperando ver el efecto que esto le produciría, pero los ojos del joven no denotaron la menor emoción.

—Son restos de tipos que sacaron la cabeza o el brazo cuando bajaba la cesta —explicó el irlandés—, y nos han dejado eso para que no nos olvidemos de ellos. Pero no te asustes. Lo bueno está abajo.

Jim no estaba asustado porque imaginaba aquello. Pero sí estuvieron en lo cierto sus compañeros al decirle que lo peor comenzaba en las galerías inferiores.

Abiertas sin la menor protección, con sólo algunas vigas de trecho en trecho, todas aquellas galerías ofrecían un tétrico aspecto. Sólo había maderamen en los lugares en que era preciso evitar se desviasen las vetas. Aquí y allá, montañas de tierra indicaban recientes derrumbamientos, ocultando tal vez cadáveres.

Y el aire era tan irrespirable, que Jim sintió una extraña vacilación al apearse de la cesta.

Comenzaron su trabajo. Sudorosos, recibiendo continuos golpes de la tierra que caía del techo, jadeando a causa de la falta de oxígeno, cuando todos aquellos hombres salieron al exterior al fin de la jornada, habían ganado cuatro dólares, pero habían perdido la cuarta parte de su vida. Macilentos y derrengados, se cruzaron con los del turno siguiente, que ya se aprestaban a descender.

Jim fue a bañarse al río, cuyas aguas bajaban completamente turbias, y luego volvió a su cuchitril del hotel, donde no tardó en quedar dormido.

Al día siguiente, uno de los hombres perdió la vida frente a él. Estaban trabajando casi juntos, separados sólo por un espacio de cinco yardas, cuando una de las paredes laterales se derrumbó bruscamente. Jim se hizo a un lado a tiempo, pero no su compañero, que quedó sepultado. Se oyeron gritos a lo largo de la galería.

—¡Pronto! ¡Todos aquí! —aulló Jim—. ¡Pronto!

Afanosamente empezaron a remover la tierra, con la esperanza de sacar a su compañero con vida. Emplearon diez largos minutos en descubrir su cabeza. Los últimos golpes de pala ya los habían dado todos con la amarga convicción de lo irremediable. Extrajeron a aquel hombre completamente asfixiado y con las facciones crispadas por el dolor.

Para nadie era nuevo aquello, pero Jim Latter se indignó. Accidentes de aquel tipo podían haberse evitado con un mínimo de precauciones, con una administración decente en la mina. Los rostros de todos denotaban una especie de brutal indiferencia. Jim los miró uno por uno.

—Habéis venido a ésta, tierra para ser ricos, y perderéis la vida

—habló—. En Ciudad de Plata sólo los tahures y los dueños de minas pueden prosperar. Pero en nuestras manos está exigir, al menos, que los cuatro dólares no nos cuesten la piel. Voy a hablar con Milton Pol.

Uno de los mineros se acarició la barba.

—Tendrás que hablar con Mark Peters. O mejor dicho, con su revólver.

Jim no contestó, y fue rectamente hacia la salida de la galería. Una vez en la cesta, tiró de la cuerda para que le subiesen. La luz del exterior le deslumbró unos momentos.

Milton Pol estaba junto a la boca de la mina, vestido con una levita azul celeste, pantalones gris perla y tocado con un alto sombrero del mismo color. Junto a él, las manos indolentemente apoyadas en sus revólveres, estaba Mark Peters.

Jim iba desarmado. Se plantó frente a los dos con las piernas entreabiertas, firme el pecho, rígidas las espaldas que eran tan anchas como las de Peters. Sus manos se apoyaron en las caderas, donde en otro tiempo descansaban las fundas de los revólveres. Milton le miró con incredulidad.

—¿Qué quieres?

—Que se refuerce el encofrado de las galerías de la mina. De lo contrario, ninguno de nosotros volverá a trabajar ahí.

Milton le miró burlonamente.

—¿Te lo han dicho todos? Suman varios cientos los obreros de la mina…

—Lo digo yo, y basta. Ofrezca a esos hombres un poco de seguridad o yo le mataré, Milton Pol.

El capataz entornó los ojos. Su mirada, al principio, reflejó perplejidad; luego, una especie de fría burla. Se apartó para que Jim viese a Peters, que estaba detrás. El pistolero tenía las manos apoyadas en las culatas, como antes, pero ahora sus dedos estaban más rígidos. Contempló a Jim con una especie de lástima.

—¿Por qué quieres morir? —le preguntó.

—No moriré, guapo.

Había un rictus de desprecio en los labios de Jim Latter.

Milton Pol se apartó de allí, dejando a los dos hombres frente a frente. Sería un placer comprobar si Peters empleaba más de una bala con aquel tipo.

El pistolero desenfundó uno de los revólveres, y lo lanzó hacia Jim. Éste no lo había asido, aún, cuando oyó la voz hiriente de su enemigo:

—«Sacaré» en cuanto lo cojas. ¡Date prisa!

La velocidad de sus manos fue centelleante. Apenas los dedos de Jim habían puesto cerco a la culata cuando ya el revólver derecho de Peters rasgaba el aire. La luz arrancó destellos a su cañón recién limpio. Jim fue a apretar el gatillo cuando sintió que algo chocaba en su mano, y el revólver dio un giro completo ante él, cayendo al suelo. La bala mordió su antebrazo, haciendo brotar en él una línea de sangre.

Mark Peters soltó una carcajada. Su tiro había sido tan magistral, que una sensación de invencibilidad se apoderó de él en aquel momento. Y eso hizo que su carcajada creciese, que se hiciera agresiva y burlona.

Jim Latter miraba entretanto el revólver caído a sus pies con ojos de hipnotizado.

—Esto es sólo un aviso, amigo —advirtió Mark—. La próxima vez tiraré a matar.

Milton Pol miró a su guardaespaldas con ojos de admiración. Aquel hombre valía toda la plata de la mina «Schultz». Con él a su disposición no habría valiente que se atreviese a pronunciar una palabra más alta que otra. Escupió ostensiblemente en dirección a Jim.

Éste, inclinándose con lentitud, recogió el revólver. La bala había destrozado solamente la culata, y el arma estaba ya en disposición de disparar, aunque era de manejo muy inseguro. Sólo a un milagro podía atribuir Jim no haber perdido dos dedos en aquel encuentro; de tener mejor asida la culata, eso habría sido inevitable.

—¿Es que no has tenido bastante? —preguntó Milton Pol, con ojos encendidos de rabia.

Jim miraba a Mark Peters con una extraña sonrisa, como si fuera a invitarle a una partida de naipes. Sus facciones, sin embargo, parecían haberse vuelto más cuadradas y duras en el espacio de un minuto. Eso, y el brillo de sus ojos, era cuanto en él delataba peligro. Mark Peters no había enfundado aún.

—¿Por qué no repites eso? —preguntó Jim, con la voz más calmosa del mundo.

Mark y Milton le miraron con una expresión de incredulidad que ninguno de los dos disimulaba. Varios hombres se habían acercado entretanto al lugar de la escena, y algunos miraron con lástima a aquel loco que insistía en enfrentarse a Peters. Uno de ellos incluso trató de acercarse a Jim.

—Bastantes hombres mueren cada día en Ciudad de Plata, hijo. ¿Para qué quieres hacerles compañía? Retírate y suelta ese trasto. Todavía estás a tiempo.

—No, no está a tiempo ya.

Era la voz de Mark Peters la que había dicho aquello.

Sin dejar de mirar a Jim con sus fríos ojos de cazador de hombres, retrocedió cuatro pasos. Así estaban ambos a la distancia ideal para el tiro. Observó que la culata destrozada resbalaba entre los dedos del joven minero.

—Puedes pedir un revólver entero, si lo deseas —advirtió—. No me gusta matar a los hombres así.

—Gracias. Me basta con éste.

No había fanfarronería en la voz de Jim. Milton Pol, que se preciaba de conocer a los hombres, dedujo que se trataba de un fumador de opio, un borracho o un loco.

—¿Cuáles son tus condiciones? —inquirió Mark, mordaz.

—Enfunda ese revólver. Yo mantendré el mío asido por el cañón, y tendré que darle la vuelta antes de disparar. Cuando yo empiece a hacer eso, tú «sacas».

Mark sonrió, encogiéndose de hombros.

—Perfectamente.

Jim hizo girar su revólver poco a poco, asiéndolo por el cañón. Todos vieron que, al darle vuelta, no tendría apenas culata por donde sujetar. Pero, con un fulgurante movimiento, lo echó al aire.

Mark Peters volvió a repetir aquel centelleante movimiento de sus manos. Su único revólver salió disparado, apuntando al pecho de su antagonista. Pero Jim, cayendo de rodillas al suelo, alcanzó su arma en el aire, haciendo fuego con ella. Dos detonaciones retumbaron casi a la vez, y el revólver de Mark resbaló de su mano.

El gemido de dolor del pistolero se confundió con el murmullo de asombro del grupo que había presenciado la escena. Jim lanzó el revólver a los pies de Mark, que se apretaba ambas manos contra el pecho.

—Debo decirte, por si deseas buscarme alguna otra vez, que yo estaba considerado como el mejor tirador de West Point, y que me expulsaron de allí por pendenciero. Me había jurado a mí mismo no pelear nunca más. Siento que una alimaña como tú me haya obligado a esto.

CAPÍTULO II

Lo primero que pensó Milton Pol fue que un individuo como aquél no podía seguir en la mina por él administrada, donde era peligroso y donde podía originar los disturbios más insospechados. Pero más peligroso sería, sin duda, suelto en la calle, con los dos revólveres al cinto y sin nada que hacer. Era posible que entonces se le ocurriera entretenerse en limarle las orejas a balazos. Por consiguiente, nada hizo, de momento, para expulsarle de la mina.

Jim Latter siguió trabajando como si nada hubiese ocurrido. Parecía decidido a no entrometerse en la vida de nadie y a no hacer ninguna clase de comentarios sobre el suceso. Farley, el irlandés de risa breve, fue el único que se atrevió a decirle que no comprendía cómo un tipo que era capaz de matar las moscas a balazos, estaba trabajando en aquella mina, cuando en la población vivían como monarcas tantos pistoleros que a su lado serían verdaderos paralíticos.

—Ahí están Bruce Malo, Freddie Burt, Texas Patterson y docenas de otros que ni siquiera se habían atrevido a enfrentarse a Burns, el hombre a quien Mark Peters liquidó. Todos consiguen lo que quieren en esta maldita ciudad, y, además, en cierto modo, honradamente. Su trabajo consiste en asegurar la integridad de tal o cual persona que les paga. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

Jim había sonreído en la oscuridad, cerrando un momento los ojos.

—Tengo un carácter demasiado violento para dejarme arrastrar por mis impulsos, amigo. Lo hice en una época, y ahora me arrepiento de ello. Ésta es una población con porvenir, y pienso vivir en ella… honradamente.

Sin embargo, hacía falta una elevada dosis de buena voluntad

para creer que en Ciudad de Plata podía prosperar un hombre honrado. Situada en uno de los lugares más inhóspitos de Nevada, había albergado, sin embargo, a toda la mugre humana de dos mil millas a la redonda, y aún de las ciudades costeras del Este llegaban de vez en cuando grupos de devoradores de vidas que encontraban allí su ambiente. Jim Latter no ignoraba esto, pero confiaba en que algún día el destino de la ciudad cambiaría, dejando campo libre a los que anhelaban trabajar en paz. Por el momento, Farley, el irlandés, era su único amigo.

—Ten cuidado con Peters. Te matará por la espalda, apenas tengas un descuido.

—Peters no es de los que matan por la espalda. Y por mi parte no le provocaré.

—Parece como si estuviese decidido a dejar oxidar los revólveres, Jim. ¿Qué te ocurrió en West Point?

—No me gusta hablar de ello, Farley.

—¿Ni siquiera una vez?

—Una vez significa muchas, pero puedes saberlo. Maté en duelo a un amigo por una cuestión estúpida. La tarde que le dieron sepultura, me di cuenta de que en realidad no habíamos tenido ningún motivo serio para disputar. Aquella noche me prometí a mí mismo que no empuñaría las armas sino en defensa propia. Lamento lo que el otro día ocurrió con Mark Peters.

—Todo el mundo lo celebra.

—Repito que yo lo lamento. Y soy el único a quien importa este asunto.

Farley le miró fijamente.

—Esta ciudad no es precisamente el lugar ideal para conservar esa clase de virtudes, Jim. Tú estás marcado, y no transcurrirá un mes sin que mates o te maten.

Pero transcurrió un mes, y durante todo él, Jim Latter dominó sus nervios. No hizo comentarios, cuando dos cadáveres más fueron extraídos de la mina. Nada dijo, cuando las cargas para los barrenos empezaron a bajar en malas condiciones. Farley lo advirtió:

—Los barrenos, estallan con retraso. Cualquier día, esto va a costar la vida a alguien.

Y le costó la vida a él.

Era hacia mediodía cuando ocurrió aquel suceso. En el interior

de la mina hacía un calor sofocante, y el aire era irrespirable como nunca. Habían pasado la mañana colocando barrenos, la mayor parte de los cuales no explotaron. Los hombres comentaban que lo harían al día siguiente, cuando ellos estuviesen al lado.

Farley y Jim colocaron un barreno, en una de las galerías ciegas de la mina, cobijándose hasta que estallara. Pero la mecha llegó a su final, chisporroteó inútilmente y terminó por extinguirse. La carga no estalló.

—No nos acerquemos todavía —advirtió Jim—. Puede que la carga esté también en malas condiciones, y estalle más tarde.

Apretados contra la pared, en uno de los recodos, siguieron aguardando. Cuatro minutos después, Farley no podía ya dominar su impaciencia.

—Colocaremos otro junto a ése y que revienten los dos. Será la única manera de acabar.

—Aguarda todavía.

Farley no lo hizo. Se puso en pie y avanzó por la galería desierta. Cuando Jim se disponía a imitarle, estalló la carga.

La violencia de la explosión arrojó a tierra a Jim, mientras el humo le cegaba. Delante de él sonó un gemido angustioso, infrahumano. Con toda la rapidez de que en aquel momento era capaz, se puso en pie, avanzando a ciegas, y con las manos extendidas. Pero el aluvión de tierra y piedras que se desprendía del techo y paredes de la galería, le hizo caer de nuevo entre la oscuridad más absoluta. El gemido de Farley se repitió.

Cuando tres hombres llegaron con faroles de petróleo para alumbrar la escena, Jim pudo contemplar un dantesco espectáculo. El barreno había hecho saltar casi por completo una de las paredes, abriendo en el suelo un pequeño pozo y removiendo las arenas del fondo. Farley estaba aprisionado hasta el cuello por el alud, que además se hundía por momentos en el suelo inestable de la mina. Sólo la cabeza pecosa de Farley emergía de aquel mar oscuro que debía de haber destrozado el resto de su cuerpo. Tenía las facciones crispadas por el dolor.

Un gemido monótono, pero angustioso en su misma lentitud, nacía de sus labios.

—¡Jim! ¡Sácame de aquí! ¡Por Dios! ¡Sácame de aquí!

Se acercaron los cuatro, introduciendo sus manos entre las

piedras. Jadeando como locos las hicieron rodar hacia abajo, sin mirar aquella espantosa cabeza de Farley, que les examinaba uno a uno con la boca entreabierta. No tardaron en comprender que su esfuerzo sería inútil, pues antes de que hubiesen quitado la mitad de la tierra, ésta se habría tragado por completo a Farley, igual que las arenas de un pantano. El irlandés pareció adivinar sus pensamientos, pues se puso a gritar como un pobre perro martirizado. Sus alaridos de salvaje desesperación hicieron brotar gotas de sudor en las frentes de los cuatro hombres. Uno de ellos, retrocedió, incapaz de soportarlo. Otro de sus compañeros se llevó las manos a la cabeza, tapándose los oídos. Jim arrastraba piedras con todas sus fuerzas, soplando como un caballo bravo. De repente, se dio cuenta de que estaba solo.

Los tres hombres se hallaban tras él, mirándole con ojos atónitos. Jim leyó en su mirada una sorda y muda desesperación. El nivel de la tierra ya llegaba hasta la barbilla de Farley y todos sabían que no podían hacer nada por salvarlo, que en aquellos movimientos no harían sino acelerar su muerte. Jim también lo comprendió así. Su boca estaba ahora tan abierta como la del agonizante, y respiraba con angustia, con una especie de dolor. Poco a poco retrocedió, hasta unirse a los otros tres hombres. Farley clavó en él unos ojos de inmenso estupor, de incredulidad absoluta. Jim, Jim Latter no podía abandonarle así. Comenzó a insultarles. Sus labios escupieron el peor lenguaje de Ciudad de Plata, los insultos más atroces y soeces que aquellos oídos endurecidos habían escuchado nunca. Los cuatro evitaban mirarle. Incluso procuraban apartar de aquel rostro la luz de los faroles. De repente, el irlandés se puso a suplicar. Les recordó el tiempo que llevaban trabajando juntos, sus conversaciones, su amistad. En los ojos de aquellos hombres había lágrimas. Jim Latter se echó hacia delante otra vez.

Con ambas manos, intentó apartar más piedras, aun sabiendo que su esfuerzo era estéril e imprudente. Farley le animaba, llorando de gratitud. Era el único que no se daba cuenta de su suerte irremediable, y el único que confiaba ciegamente en que las fuerzas de Latter serían suficientes para sacarle de allí. De improviso, una de las piedras del techo cayó sobre la mano derecha del joven, aplastándola totalmente. Jim se encogió sobre sí mismo con un aullido de dolor.

Fue inútil intentar seguir con su tarea. La mano ensangrentada le dolía horriblemente y su brazo derecho estaba sacudido por calambres. Los tres hombres le arrastraron a viva fuerza, sacándole de allí. Por primera vez en su vida, había lágrimas de dolor y de rabia en los ojos de Jim Latter. Farley ya no gritaba. Sólo les miraba con ojos de incredulidad y de pena. Les llamó por sus nombres, poco a poco, como recreándose en aquella trágica despedida. Ninguno de los tres pudo resistir aquello, y echaron a correr por la galería, arrastrando a Jim Latter. Farley quedó solo. Quedó a solas con su voz, con la oscuridad, con sus pensamientos, pero por poco tiempo. Llamó a Latter otra vez. Luego, en la galería se hizo el silencio.

* * *

—¡Jim Latter quiere matar a Pol y a Mark Peters! El rumor se había propalado rápidamente por Ciudad de Plata. Cuando Latter salió de la mina y se dirigió a su hotel con la mano ensangrentada, todos le miraron curiosamente. Pero cuando salió con sus revólveres al cinto, todos supieron que aquel hombre iba a matar. Y que iba a matar a Milton Pol y a su guardaespaldas Peters.

Avanzó por el centro de la calle, sintiendo en todo el costado derecho el dolor de su mano destrozada. Los revólveres golpeaban rítmicamente en sus caderas y le transmitían una extraña seguridad, aun sabiendo que sólo podría manejar el izquierdo. Una verdadera multitud iba tras él. Todos odiaban a Milton Pol y querían ser testigos de su muerte.

Era aquél un extraño espectáculo que conmovió a Ciudad de Plata: Jim Latter, con la mano deshecha, con una expresión de fría serenidad en el rostro, avanzaba por el centro de la calle en busca de dos hombres a quienes quería exterminar. Y la rufianesca procesión que le seguía, era como el clásico cortejo de la muerte. Ojos llenos de malvada curiosidad o de satánico odio seguían sus movimientos.

No tardó en encontrar a Milton Pol. Estaba, como de costumbre, en el Sullivan Saloon, el mejor de la ciudad y había salido a la puerta al oír los rumores de que alguien llegaba para matarle. Jim Latter se plantó en el centro de la calle, y a su espalda se hizo un instantáneo vacío.

—Milton Pol —preguntó con voz clara—. ¿Reconoces ser tú el que decide en todos los asuntos de la mina «Schultz»?

Milton escupió al suelo.

—¡Vete al infierno! ¡No tengo por qué contestar a tus preguntas!

—Milton Pol —siguió preguntando Latter—, ¿reconoces ser tú el que adquiere las cargas para los barrenos, aun sabiendo que son peligrosas por no hallarse en las debidas condiciones?

La sonrisa del tahúr se hizo desdeñosa.

—¿Quién era tu madre, precioso?

Veía la mano triturada de Latter y sabía que éste sólo podría disparar con la izquierda. Además, confiaba en que de un momento a otro aparecería Peters allí. Pero éste no hizo acto de presencia. La voz de Latter, fría y cortante como un cuchillo, volvió a sonar.

—¡Milton Pol, defiéndete!

El amenazado intentó sacar sus armas, pero la mano izquierda de Jim se movió con velocidad centelleante. Su revólver crepitó dos veces antes de que Pol hubiera logrado colocar los suyos en posición de tiro. Dos manchas rojas aparecieron en su camisa inmaculada. Las miró, atónito, bajando la cabeza. Una tercera le hundió la frente.

Jim Latter dio media vuelta. Quedaba Mark Peters, que vengaría la muerte de Pol si antes no acababan con él. Enfundó el revólver, y siguió caminando a lo largo de la calle, en dirección al mejor hotel de la ciudad, donde sabía se alojaba Peters. La multitud, a su espalda, se había hecho más compacta y rumorosa. Para todos los truhanes de Ciudad de Plata, era aquél el mejor espectáculo que podían soñar. Los más pervertidos rufianes de las minas seguían a Latter en su búsqueda del guardaespaldas de Pol, presintiendo un combate de los que no se olvidan. Estaban ahora en la calle Mayor de Ciudad de Plata, y se disponían a doblar la esquina de la única lateral. De repente, hubo un movimiento general de huida a espaldas de Jim Latter.

Mark Peters avanzaba por la calle Mayor. Llevaba la mano a la altura de sus caderas, e iba completamente solo.

Sus ojos se entrecerraron al divisar a Latter. Vio su mano derecha inútil y sangrante, su revólver derecho muy echado hacia atrás, como si renunciase a él. Y vio también aquella multitud que le seguía, ávida de muerte.

Los dos hombres se detuvieron casi al mismo tiempo. Fue Latter el primero en hablar.

—Mark Peters —dijo con voz lenta, perfectamente clara—, te comunico que acabo de matar a Milton Pol, del que eres perro guardián, y estoy decidido a hacer lo mismo contigo. Sal de la población antes de una hora, si quieres evitarlo.

Los labios de Peters se distendieron en una sonrisa cuadrada, glacial.

—No te perdonaré la vida dos veces, Jim.

—Ni yo me conformaré con agujerearte las manos.

Ambos sabían que aquel breve cambio de frases había tenido por objeto buscar la distracción del enemigo. Por eso, mientras hablaban, sus manos estaban ya rozando las culatas. Mark Peters sacó primero.

Jim adelantó su cadera izquierda, mientras la mano describía un rápido movimiento, como si fuese a asir el aire. Su revólver centelleó entre sus dedos como un chispazo de luz, mientras disparaba. Mark Peters se encogió sobre sí mismo, e hizo fuego cuatro veces, pero al suelo. Sus balas levantaron surtidores en el plomo.

Jim Latter sintió algo muy extraño al ver caer a su enemigo. Fue como si toda la salvaje tensión que le había llevado hasta allí, desapareciese en un momento. Sólo subsistió su vergüenza por haber servido de espectáculo y modelo a los canallas de Ciudad de Plata. Se volvió lentamente, con el revólver todavía entre los dedos. Todos le miraron con un silencioso respeto. Lentamente, con pasos de derrotado, se alejó de allí.

De improviso, alguien corrió a su espalda. Jim se volvió para ver cómo un muchacho se dirigía hacia él.

—Mark Peters le llama, señor —dijo.

Latter quedó perplejo. ¿Mark Peters le llamaba? ¿Qué interés podía tener en dedicarle sus últimos momentos? Vio, alzando la vista, que alrededor del herido se había formado un compacto grupo. Y, en efecto, todos los que, o integraban estaban vueltos hacia él.

Algunos se separaron, dejando ver al herido. Mark tenía semi levantada la cabeza y le hacía con ella débiles signos para que se acercase. Tenía los revólveres a sus pies, nada podía intentar. Ni

Latter se fijó en ello. Sólo la sorpresa le dejó como inmovilizado.

Se acercó al herido, arrodillándose junto a él. Mark Peters tenía una amplia herida en el pecho, de la que a cada respiración brotaba sangre. Con voz vacilante, empezó a hablar.

—En mi habitación del hotel tenía mis trastos preparados para marchar hoy, Latter.

El joven alzó la cabeza, mirando a su alrededor.

—Es cierto —afirmó uno de los que les rodeaban—. Yo mismo encargué para el señor Peters plaza en la diligencia.

Los ojos de Jim volvieron a posarse en los del herido.

—¿Ibas a marcharte? ¿Para qué?

—¡Oh, no para cambiar de vida! Hubiese… vuelto. Sólo quería salvar a una mujer. En Marfolk, Texas, hay alguien que me necesita.

—¿Y es una mujer?

—Es mi prometida.

Jim iba de sorpresa en sorpresa. ¿Una prometida aquel pistolero a sueldo?

—Nunca creí que un tipo como tú pensase en el matrimonio, Mark.

La voz de Latter era suave, casi afectuosa.

—No es uno malo en todos los momentos de su vida, Jim. Yo huí de Marfolk y vine aquí, pero ella tuvo que permanecer en aquel hoyo. Corre peligro. Hay allí tipos que la asedian, que acabarían matándola. Yo iba en su busca… ahora.

Los ojos de Mark se cerraron un momento. También los de Jim. En el ánimo del joven estaba naciendo una depresión invencible, un deseo de pedir perdón, echar los revólveres al aire y salir de allí para siempre. No volvería a disparar más. Ni aunque viese morir a cien Farley, no volvería a disparar más.

Pero he aquí que Mark seguía hablando, y el tema que trataba no parecía ser pacífico.

—Tú no puedes negarte a lo último que te pide un moribundo, Latter. Y menos si tú eres el que ha disparado contra él. Nadie lo haría. Prométeme que complacerás mi deseo, Latter.

Había demasiada ansia en la voz de Peters, y demasiada vergüenza en el corazón de Jim para que éste se negase.

—Te lo prometo.

—Bien. Debes ir a Marfolk, Texas. Es una pequeña ciudad que

ojalá algún día invadan los escorpiones. Hay allí una mujer llamada Judith Bien. No lo olvides. A Judith Bien. Y un tipo llamado Fred Maxwell. Debes traer a esa chica a Ciudad de Plata, Jim. Ese Maxwell querrá impedírtelo, pero nada logrará contra ti. Para llegar a Marfolk con esa misión hace falta un tipo como yo… o como tú, Latter.

Buscó su mano, estrechándola débilmente.

—Has prometido que lo harás. Lo has prometido.

—Pero ¿qué conseguiremos con eso? Cuando Judith llegue aquí, tú habrás muerto.

—Esta herida no me matará en seguida, Jim. Tendré tiempo para disponer que alguien la proteja. En cambio, allí no tiene a nadie. Sólo hombres que la codician. Hombres que…

—No sigas, Mark. Lo haré.

—Y lo harás bien. Para sacar a Judith de allí, hace falta un tipo que sea muy hombre.

Mark tuvo un acceso de tos. Jim le sostuvo la cabeza hasta verle más calmado.

—Me arrepiento de haber disparado, Mark —dijo lentamente, mirando al vacío—, y cualquier deseo tuyo que me ayude a disculparme a mí mismo, será bien recibido. Te prometo que traeré a Ciudad de Plata a esa muchacha llamada Judith Bien, o que me quedaré para siempre en Marfolk, Texas. Marfolk… —repitió lentamente, como si analizase el nombre antes de grabarlo en su memoria—. Bien. Puede ser una aventura interesante. Nunca estuve en Texas.

CAPÍTULO III

Texas tenía ya una historia turbulenta cuando fue incorporada a la Unión. Siguió teniéndola después.

Hubo quien opinaba que los peores pistoleros de Norteamérica nacían en Texas y morían en California. El pistolero tejano tenía la inteligencia del hombre del Norte y su espíritu práctico, y también la sangre caliente del mexicano. Una cosa le servía para elegir su víctima. La otra, para sacrificarla. Sin embargo, cuando en los cauces de los ríos californianos se descubrió oro, hubo una emigración general de bravucones desde Texas hacia el Oeste. Pocos volvieron al lugar donde habían nacido.

En Marfolk, sin embargo, no hubo estampida. Situada en el confín de una rica comarca de pastos, podían hacer allí suficiente fortuna todos los maestros del gatillo. Cuando Jim Latter llegó a la ciudad, ésta tenía dos hoteles, cuatro salas de espectáculos, un baile reservado a familias y un cementerio. Todas estas honorables instituciones contaban con un buen número de clientes, excepto el baile de familias.

De hecho, había pocas mujeres en Marfolk. Y entre las pocas, la más admirada era Judith Bien. Jim no tuvo que preguntar demasiado para enterarse del paradero de la muchacha. Su nombre estaba escrito en letras doradas sobre el cartel anunciador del más elegante saloon de la ciudad.

«De modo que es una artista», se dijo.

Y su caballo pareció asentir, con el rítmico movimiento de su cabeza, al caminar al paso por las calles de la ciudad.

No había preguntado más a Mark Peters, cuando prometió complacer su deseo. Inmediatamente había marchado a ensillar su caballo y a vendarse la mano herida. Al salir, supo que el pistolero

estaba sin sentido en una cama del hotel. Había transcurrido un mes desde entonces, y en estos momentos tal vez estuviera muerto.

Aquellos treinta días de marcha habían dejado su huella en el rostro de Jim Latter. Una espesa barba desfiguraba su rostro, y el polvo de centenares de millas se acumulaba en sus ropas. Los vendajes de su mano derecha eran ya de un color irreconocible. Su viejo caballo caminaba renqueando, dando inútiles latigazos al aire con su reseca lengua.

Jim Latter tenía casi íntegro el dinero ganado en la mina, y se dirigió sin ningún recelo al más elegante hotel de la ciudad. Allí preguntó si era posible bañarse.

—A un tipo como usted le costará dos dólares.

Jim se acarició la barba, que desprendió polvo como un cepillo viejo.

—Tres dólares.

—Bien, no me mire más, o aún elevará el precio. Vamos allá.

Una hora después, Jim, limpio y afeitado, entregaba diez dólares al conserje para que le comprase ropas nuevas. Adquirió así una camisa roja, a cuadros, unos pantalones tejanos y un nuevo sombrero. Todo le sentaba bien.

Al salir a la calle parecía otro, y hasta el conserje que le había recibido volvió la cabeza para mirarle bien.

—Desde el año del incendio no había visto un tipo con tanto polvo como usted, amigo. ¿De dónde viene?

—De Nevada.

—Y por lo que se ve, ha hecho el camino de un tirón.

—En efecto, tengo que hacer aquí.

Avanzó resueltamente hacia la puerta, sin atender a nuevas preguntas. Pero antes de salir se volvió:

—Oiga, ¿quién es Fred Maxwell?

—Si lo que tiene que hacer está relacionado con Fred Maxwell, más vale que busque usted alojamiento en el cementerio.

—No he dicho que lo esté. ¿Quién es?

—El dueño del Blue Saloon.

—Gracias.

Salió, dirigiéndose a la cuadra donde descansaba su caballo. El animal, después de beber como un condenado, reposaba ahora sobre su panza, muerto de fatiga, sin haber probado la hierba fresca

del pesebre. Al ver a Jim levantó la cabeza, inquieto.

—No temas, no vamos a marchar otra vez —palmoteó su espalda—. Podremos descansar dos o tres días. Yo tal vez más, muchos más.

Salió de allí, caminando con pasos lentos por el centro de la calle. Desde todas partes se veía el Blue Saloon. Era aquél en cuyo cartel estaba anunciado el nombre de Judith Bien.

Con aspecto pensativo, se dirigió hacia allí. Había tomado la firme resolución de resolver aquello por medios pacíficos, a ser posible. Y de ayudar a Mark. Si éste estaba aún vivo cuando regresase a Ciudad de Plata, le daría la mano y se largaría de allí. Se largaría a cualquier ciudad del Este, donde no hubiera necesidad de llevar revólver al cinto.

Crepúsculo en Marfolk. El Blue Saloon comenzaba a estar animado. Sobre una larga barra de caoba se apilaban codos indolentes de docenas de hombres que no hicieron el menor gesto al verle entrar. El tabladillo aún estaba vacío. Se jugaba en todas las mesas, exactamente igual que en cualquier ciudad del Oeste. Algunos tahúres profesionales, perfectamente reconocibles, se fijaron en él.

Jim no pensaba jugar. Se apoyó en un hueco de la barra, y pidió *brandy*. Brandy que no supiese a jabón ni a guisado de legumbres.

—Nuestro *brandy* tiene sabor a petróleo, amigo. Con sabor a legumbres no hemos logrado prepararlo aún. Y en cuanto a jabón, ¿qué diablos es?

Jim inició una sonrisa. El encargado de aquella parte de la barra parecía un hombre agradable.

—¿Cuándo actúa Judith Bien? —pidió.

—Hasta la noche no la podrá ver. Esto rebosa cuando ella sale al escenario. Es la mejor atracción de Texas, dicen. ¿Ha venido usted solo para verla?

—Sí.

La respuesta sorprendió al interlocutor de Jim.

—Le aconsejo que no le envíe flores. Podrían luego enviárselas a usted.

—¿Por qué?

—Fred Maxwell.

Era la segunda vez que el joven oía pronunciar aquel nombre en

Marfolk con la misma entonación especial. Mark Peters, al parecer, le había advertido bien.

—¿Son marido y mujer?

El otro guiñó el ojo.

—No se sabe.

—¿Prometidos?

—No se sabe.

—Bien, no quiero preguntarle más. Únicamente me guiaba la curiosidad de saber qué ha podido ser de un tal Mark Peters. Había oído decir que era éste el prometido de Judith Bien.

—Mark Peters era poco hombre para esta tierra. Sí, es cierto que se les veía juntos a Judith y a él. Pero Maxwell le hizo huir con el rabo entre piernas.

—¿Poco hombre Peters para esta tierra?

—Sí, yo lo afirmo. ¿Le conocía?

Jim tragó saliva.

—No, sólo he oído hablar de él. Me dijeron que no necesitaba maestro para manejar el revólver. Pero si usted dice que era poco hombre, será verdad.

Tragó lentamente el *brandy*, elevando el vaso con la mano izquierda.

—Oiga, ¿qué tiene usted en la zarpa derecha?

—Me mordió un caballo.

Los dos tipos acodados junto a Jim se pusieron a reír. Él les volvió la espalda, mirando hacia el escenario.

Tuvo que esperar una larga hora, a que comenzase el espectáculo. Durante este plazo de tiempo no habló con nadie, limitándose a escuchar el giro de las conversaciones y a estudiar los tipos. Nada le llamó especialmente la atención.

Judith Bien tardó en aparecer. Cuando lo hizo, el local estaba atestado, como había dicho el de la barra. Una salva atronadora de aplausos acogió su aparición. Docenas de bocas mostraron sus dientes carcomidos cuando ella sonrió en escena. Y cuando empezó a cantar y a moverse, brillaron docenas de ojos. Las manos se cerraron sobre el borde de las mesas y a esta reacción colectiva de ansiedad y entusiasmo no fue completamente ajeno Jim.

Judith, en efecto, era maravillosamente hermosa. Alta, de amplias caderas, líneas más bien robustas, pero endiabladamente

armoniosas, movimientos de tigresa que conoce su fuerza. Y junto a esto una cara de expresión ingenua, casi asustadiza, que provocaba el delirio en los espectadores. Jim pensó que Mark Peters había sabido escoger bien.

El número interpretado por la muchacha era el más discreto y moral del espectáculo. Se limitaba a cantar, pero los hombres del Blue Saloon acogían como insinuaciones todos sus movimientos. Jim trató de observar bien a aquella mujer y clasificarla, pero no pudo. Debía ser dueña de un completo carácter. Tal vez peligroso. ¿Y Maxwell?

Nadie que pudiera ser tomado por el dueño de aquel local había aparecido allí aquella noche. Desde el emplazamiento de Jim podía verse parte de los bastidores, pero allí no había tampoco ningún hombre bien vestido, como era de suponer en Fred Maxwell. Sentía curiosidad por saber quién era aquél ante quien Mark Peters podía ser considerado como «poco hombre».

Al terminar su número, Judith fue despedida por una ovación delirante, seguida de ruido de pies y traqueteo de mesas. Jim también aplaudió.

El camarero estaba tras él, al otro lado de la barra.

—¿Vuelve a salir Judith?

—Esta noche, no.

—En tal caso, ¿qué debo hacer para verla?

—Mire, amigo, usted no ha pagado su *brandy* todavía, y además, tiene aspecto de no haber venido a gastar mucho oro sobre este trozo de madera. Pero me es usted simpático, en cierto modo. ¿Por qué quiere buscar los dientes del lobo? Si eso le sirve de consuelo, le diré que a mí también me gusta Judith Bien, y nunca me he acercado a más de dos pasos de ella. Lárguese de aquí y duerma. Mañana estará más tranquilo.

—Estoy perfectamente tranquilo ahora.

El hombre le miró como quien examina un caso perdido.

—Hubo un tipo que se presentó un día aquí chillando, diciendo que había oído hablar de Maxwell como del hombre más peligroso de Texas, y que quería comprobarlo. Texas parecía ser demasiado pequeño para los dos. Pues bien, a Maxwell le bastó con una bala. Pero fue caballero. Le envió flores y el cadáver de aquel tipo estuvo dos días expuesto en aquel rincón de la sala. Todo el mundo

desfilaba para verlo, y se quitaba el sombrero. Hasta dicen que Maxwell lloró un poco. Y ahora me estoy preguntando qué efecto haría usted tumbado en aquel rincón, con la boca tiesa.

—Muy decorativo, supongo. Pero eso lo discutiré con Judith Bien.

Sin hacer caso del ademán de protesta del otro, se encaminó hacia una puertecilla lateral que parecía dar al escenario. En efecto, allí nacían unas escalerillas que conducían a los bastidores y al piso superior. Jim Latter ascendió por ellas.

Se detuvo en un corredor con puertas a ambos lados. Como estaban numeradas, dedujo que se trataba de camerinos. Eran cuatro. Se acercó a la que tenía apariencia más elegante y llamó.

—Pasa, Fred.

Aunque no era Fred, pasó.

Judith estaba vuelta de espaldas a él, intentando abrocharse su vestido. Sobre una silla descansaban sus ropas de artista, y sobre el borde de un biombo, algo de su ropa interior. Jim respiró fuerte.

—Ayúdame a abrocharme, ¿quieres?

Lo hizo, tratando de que no le temblasen las manos. Ella, entretanto, se sujetaba sobre el pecho unos adornos de flores. No podía verle por el espejo, que estaba unos pasos más a la derecha. Tampoco prestaba la menor atención.

—¿Has terminado?

Jim no dijo una palabra. Ella suspiró, sin volverse.

—Comprendo que estés enfadado, Fred, y que rehúses hablarme. Pero tú también debes hacer un esfuerzo para comprenderme a mí. No puedo acceder a casarme contigo hasta que haya transcurrido algún tiempo. Sé lo que tú piensas al oírme hablar así: que trato de esperar a que Mark vuelva. No es eso, te lo prometo. Es, ¿cómo podría decírtelo? Está todo muy reciente aún, y…

Se volvió.

—Está todo tan fresco en mi recuerdo que…

De repente se demudaron sus facciones. Vio a Jim Latter tras ella, con las manos todavía ligeramente alzadas. Una leve sonrisa adornaba las facciones del intruso. Una sonrisa que era como un desafío. Judith estuvo a punto de lanzar un grito, pero luego entrechocó sus dientes, como una fiera que se dispone al ataque.

—¡Canalla!

—Gracias.

Judith cerró los puños.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

—Me envía Mark.

—No ha necesitado mucha imaginación para inventar ese nombre… Acabo yo de pronunciarlo. ¿Qué Mark?

—Mark a secas.

Jim quería exasperar a aquella mujer hasta llegar al borde mismo de la imprudencia. Una persona enojada se deja conocer bien, y si Jim tenía que llevar aquella dulce carga hasta Nevada, quería saber antes con quién debía tratar.

—¡Salga de aquí! Salga de aquí o llamaré a…

—¿A Fred Maxwell?

—Sí, a Fred Maxwell. Y al sepulturero. Los dos suelen ir juntos por las calles de Marfolk.

Fue a salir, revolviéndose furiosamente para que Jim la dejara libre el paso, pero el joven la sujetó por el antebrazo derecho.

—El hombre que me ha enviado aquí es Mark Peters. ¿Qué quiere saber más?

La actitud de la muchacha cambió, pero no demasiado. Aunque se detuvo, su actitud seguía siendo recelosa.

—¿Dónde le vio por última vez?

—En Ciudad de Plata, Nevada.

—¿Quién le acompañaba?

—Nadie. Iba solo. Llegamos allí el mismo día.

—¿Se conocían antes?

—No.

La muchacha se había apoyado ahora en la pared del fondo de la pieza, con actitud confiada. Pero no obstante, parecía decidida a seguir con su metódico interrogatorio.

—¿Cómo se conocieron, pues?

—Porque yo le agujereé la mano de un balazo y luego le metí otro en el pecho.

No había la más mínima afectación en aquellas palabras de Jim. Simplemente, le gustaba decir la verdad.

—¿Le… le ha matado?

Los ojos de Judith brillaban, furiosa otra vez, y los dedos de sus manos se engaritaron en el aire como garras.

—Cuando yo salí de Ciudad de Plata, Mark Peters vivía. No sé cómo está ahora, pues hace un mes que marché de allí. Pero sí sé que él me encargó llevarla.

La mujer bajó los ojos, intranquila. Jim creyó adivinar que ella había estado esperando que él o un representante suyo aparecerían allí por aquella época. Pero, no obstante, no se la veía satisfecha, ni segura de sí misma. Jim Latter intuyó que no era tan sólo por lo que le había dicho de balazos en la mano y en el pecho de Mark. Simplemente, aquella situación no parecía gustarle. Parecía haber algo en ella que la llenara de confusiones.

—¿Le advirtió que es difícil sacarme de aquí?

—Me lo advirtió, pero vine.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No podía negarme a lo que él me pidiese estando moribundo, si el que le había puesto en aquella situación era yo.

Judith mordió sus labios, pareciendo decidirse.

—No es prudente salir de aquí hasta pasado mañana, quizá más tarde. Yo lo tendré todo preparado. Le aconsejo que salga y vuelva a su hotel, sin llamar la atención. Yo le haré llegar un aviso.

—Mark me pidió que la llevase allí sin pérdida de tiempo.

—¿Que la llevase, a dónde?

Era una voz extraña la que había sonado. Acababa de abrirse la puerta.

CAPÍTULO IV

El hombre que apareció en el umbral no era un tipo corriente. No era, desde luego, un pistolero cualquiera de los que un día acaban pudriéndose al sol en una calle de Marfolk o de Ciudad de Plata. Se advertía en él al profesional del gatillo por la perfecta seguridad con que empuñaba su revólver, que parecía como una prolongación de su mano. En la forma en que lo rodeaban sus dedos, había una mágica facilidad que los expertos advertían inmediatamente. Jim clavó sus ojos en aquel revólver y en la mano que lo sostenía. Los clasificó en seguida: una bala.

No parecía necesitar más el aparecido para acabar con él. Apuntaba directamente al corazón, y su pistola no se movía una décima de pulgada. Jim alzó ligeramente ambos brazos.

—Dentro de un segundo me habría dicho que hiciera esto, ¿no?

Entre los gruesos labios del aparecido brillaron dos filas de sanos dientes. Hizo con ellos un movimiento, como si masticara su triunfo.

—¿A dónde ibas a llevar a Judith, valiente?

—A Ciudad de Plata, Nevada.

—¿Quién está allí?

—Mark Peters.

La mano del hombre tembló imperceptiblemente, pero sus facciones no sufrieron alteración.

—¿Cómo te llamas, perro?

—Jim Latter. ¿Y tú, gato?

Ahora la mano del desconocido sufrió una verdadera crispación.

—Fred Maxwell. Quizá no sepas que soy el amo de todo esto.

—¿Incluida la mujer?

—Incluida la mujer.

Maxwell hablaba con un suave acento mexicano, y empleaba las expresiones de los hombres del Sur. En realidad, algunos de los detalles de su indumentaria eran mexicanos, como sus pantalones adornados y sus espuelas. Su rostro era extremadamente moreno, y llevaba un grueso bigote negro. Todo en su persona daba una clara sensación de fuerza y de seguridad en sí mismo. Sus ojos negros brillaban como dos círculos de acero bruñido. Ahora levantó un poco más el revólver y Jim comprendió que le apuntaba a la boca.

—¿Sueles destrozar la cara de los que matas? —Silbó.

Jim, alto y ancho de hombros, con musculatura más recia que la de Maxwell y con mejor planta de luchador, dominaba a éste con su presencia física, a pesar del revólver y del aplomo con que el sureño le apuntaba. Y si éste estaba enamorado de Judith, no dejaría de pensar que la muchacha estaba haciendo comparaciones entre los dos. Sí, tal vez para matarle le destrozaría la cara.

—¿Qué llevas en la mano derecha, cerdo?

—La tengo herida a causa de un accidente. No puedo mover los dedos.

—Tienes inservible la mano derecha, ¿eh? Bien, acabas de darme una idea. ¿Sabes lo que pienso que eres?

—Acabas de decírmelo: un cerdo y un perro.

—No sólo eso: un fanfarrón indeseable.

—Gracias. Veo que soy un hombre perfecto.

—Y no te voy a hacer el honor de clavarte una bala entre los dientes. He pensado algo mejor. Vamos, sígueme.

Judith quiso interceder. Se colocó delante de Jim Latter.

—Era sólo un mensajero, Fred. Tú no puedes…

—Apártate de la línea de tiro, paloma. ¿Quieres morir tú también?

Había tanta frialdad en la voz de Fred, que la muchacha se sintió inclinada a obedecer inmediatamente.

—No es enemigo para ti, Fred. Es un simple…

—Déjese de suplicar, Judith. —Jim se había vuelto ligeramente para hablar—. No malgaste en tipos como éste su bonita voz.

Fred sujetó violentamente a Jim por la camisa, hundiéndole en el estómago el cañón de su revólver.

—Vas a tragarte todo eso y todo lo que has dicho antes. Vas a tragarte hasta lo que has pensado de mí. Y te arrepentirás de haber

puesto los pies en Texas. ¡Vamos! ¡Mueve las botas!

Le empujó violentamente hacia atrás, echándolo sobre la puerta. Jim apoyó sus manos a ambos lados de ésta para no caer. Una vez recuperado el equilibrio, hizo una reverencia en dirección a Judith.

—Recordad que aguardaré vuestras noticias, señora. Y que vuestras órdenes para que ambos salgamos de esta pacífica y laboriosa tierra serán cumplidas inmediatamente.

Salió con una leve sonrisa en los labios. No había dejado de extrañarle hasta aquel momento que Maxwell no le despojase de sus revólveres, pero al salir al corredor comprendió que no había sido necesario. Dos hombres más aguardaban allí, con sus armas a punto. Y éstos eran puros yanquis, tipos del Norte, con mandíbula y puños cuadrados, gente que mataba sin hablar.

Uno de ellos le despojó de sus armas, mientras el otro le colocaba ambos revólveres a su espalda. Fred Maxwell echó a andar, delante, y él fue obligado a seguirle.

El esbozo de sonrisa había ahora desaparecido de las facciones de Jim Latter, que estaban completamente rígidas. Tenía la suficiente experiencia para comprender que los hombres que no matan en seguida son los más temibles. ¿Qué había ideado Fred Maxwell para acabar con él? No tuvo que hacerse demasiadas veces, esta pregunta. Pronto lo supo.

Junto al saloon se estaba construyendo una anchurosa caballeriza, y habían descendido hasta allí directamente desde los camerinos. Era un recinto amplio, con paredes de madera y suelo de tierra. Dos mexicanos estaban sentados en cuclillas, bajo un farol de petróleo, jugando a los dados. Se pusieron en pie al ver entrar a Maxwell.

—¿Trae trabajito, patrón?

Tenían una voz dulce y suave, pero cruel. Jim vio que de una de las paredes colgaban dos largos látigos.

—Quiero que «arregléis» a este hombre. Entre vosotros y los Baxter.

—Nosotros solos podemos hacerlo, patrón.

—Vosotros y los Baxter, he dicho. Quiero que sea un trabajo completo.

Jim Latter bajó las manos, apoyándolas en las vacías fundas de sus revólveres. Notó como si los vendajes de la derecha se hubiesen

hecho más duros y tirantes. Como si su boca se hubiese secado de repente y entre sus dientes hubiera alguien deslizado una sustancia amarga.

—¿Muertecito, patrón?

Fred Maxwell hizo un gesto despectivo con los labios.

—No es necesario. A Judith le sabría mal. Pero quiero que a este tipo no se le ocurra volver a poner los pies en Texas, ¿comprendido?

—Comprendido, patroncito. Ni en Texas, ni en México, ni en ningún otro sitio donde usted esté, patroncito.

Fred se hallaba a espaldas de Jim Latter, que seguía con las manos apoyadas en las fundas.

—Es una mujer la que te salva la vida, perro. Quiero que lleves esa vergüenza encima.

Alzó su pierna derecha y propinó un terrible puntapié tras la rodilla de Jim, que cayó al suelo con un gemido de dolor y de sorpresa. Al volverse rápidamente, tratando de ponerse en pie, vio que Maxwell se alejaba. Y entonces oyó por primera vez silbar el látigo encima de su cabeza.

El cuero se enroscó a su pecho, rasgándole la camisa y penetrando hasta su piel como una lengua de fuego. El mexicano tiró hacia atrás y le hizo perder el difícil equilibrio en que se había mantenido al intentar levantarse. Cubriéndose la cara, Jim volvió la espalda, y el nuevo latigazo se aplastó contra sus músculos dorsales. Con los dientes apretados por una mueca de rabia, Jim se puso en pie, de un salto, dirigiéndose a uno de los mexicanos. Levantó la mano izquierda, y otro látigo se enroscó a su muñeca, trazando en ella un segmento de sangre. Jim ahogó un gemido. Encogiéndose, vio cómo el primer látigo volvía hacia él, hacia su cara. Se la cubrió, pero antes de que sus manos llegasen a protegerla completamente, recibió un salivazo en la barbilla.

Provenía de uno de los yanquis, que se había acercado a él. Los dos hermanos Baxter le aguardaban con los puños a punto, y Jim se lanzó contra el más cercano, con un aullido de fiera.

Recibió un golpe en el mentón, pero eso no le hizo vacilar. Con el puño izquierdo, golpeó el estómago de su enemigo. Con el derecho le disparó un gancho a la barbilla, aunque al hacerlo tuvo la sensación de que se le abrasaba la mano. El izquierdo volvió a

caer como una maza, esta vez sobre el hígado de su enemigo, que se derrumbó gimiendo como un asno maltratado. Pero Jim no llegó a verlo caer completamente. El otro Baxter estaba ya encima de él, y le propinó un bestial golpe en la nuca, con el puño. Jim cayó al suelo de plano, y partículas de tierra entraron en su boca. Dio media vuelta, proyectando ambas piernas hacia arriba. Y lo hizo a tiempo de despedir por los aires a su enemigo, que se iba a lanzar sobre él. Baxter rebotó contra la pared como si fuese de goma, y se aprestó de nuevo al combate. Jim le esperaba ya en pie, con los ojos llameantes y una fiera decisión en su rostro. Rugieron los dos en el momento de lanzarse uno contra el otro. Rugieron al golpearse con saña en la boca, en los ojos.

Jim era más científico y sabía dónde colocar sus impactos. Recibió dos zarpazos en el rostro, pero pudo aplicar dos golpes tras las orejas de su enemigo, que debieron de hacerle zumbar el cráneo. Una expresión de momentáneo estupor apareció en el rostro de Baxter. Jim, aprovechando aquel segundo de vacilación, le asestó un gancho cruzado a la mandíbula, a rostro descubierto, proyectándolo contra las tablas de la pared con media lengua partida.

Pero tampoco esta vez pudo contemplar a su adversario caído. El del golpe al hígado se había ya repuesto y avanzaba hacia él. Jim trató de cubrirse, pero el otro fue más rápido y le propinó un directo al rostro, haciéndole vacilar. Retrocedió dos pasos y entró de nuevo en la órbita de acción de los mexicanos, que le atrajeron enlazándole con sus látigos. Mientras caía al suelo igual que un fardo, Jim comprendió cuál era aquel trágico juego. Los dos yanquis eran los encargados de llevarle hasta los dos mexicanos, que le destrozarían la piel. Y tantas veces como intentase arremeter contra unos, éstos le devolverían a los otros. Lanzó ahora un gemido de incontenible dolor, cuando los dos látigos cayeron a la vez sobre sus espaldas.

Trató de incorporarse otra vez. Le ardía la mano derecha, y el dolor ascendía ya hasta su codo. Pero lucharía hasta el fin, hasta que todo su cuerpo no fuese más que una llaga formada por surcos de látigo. Se arrojó en plancha contra uno de los mexicanos, hundiéndole la cabeza en el estómago. El agredido cayó, y Jim tuvo la sensación de que le destrozaba el abdomen. Y, en efecto, el

mexicano quedó tendido, babeando y gimiendo como un perro herido. Jim, poniéndose en pie de una voltereta, le propinó un terrible puntapié a la sien, dejándole sin sentido. Alzó la pierna derecha, y su espuela se clavó en uno de los muslos del otro mexicano, que se había acercado excesivamente a él. Con una misma maldición en los labios, los dos hermanos Baxter avanzaron ahora al unísono. Y fueron tres hombres los que se abalanzaron contra Jim casi al mismo tiempo. Seis puños —pues el segundo mexicano había incluso soltado su látigo—, se abatieron contra su rostro una y otra vez, antes de que pudiera cubrirse. Se encogió, tapándose, y entonces comenzaron los puntapiés contra sus flancos. Quiso esquivarlos y se descubrió. Los seis puños volvieron a machacarle el rostro, hasta convertirlo en una masa sangrienta.

Jim cayó al suelo, trágicamente doblado, como un muñeco de paja al que hubiesen vaciado por dentro. Con sus dedos trató inútilmente de arañar el suelo, de levantarse otra vez. Nuevos puntapiés le hicieron dar vueltas, hasta quedar cara al suelo, y con las manos cubriéndose el rostro. Y entonces llovieron los latigazos sobre su espalda: lentos, metódicos, aplicados con saña. Jim empezó a llorar de dolor y de rabia, pero nadie lo advirtió.

Sus lágrimas amargas de hombre que no había llorado jamás caían en el cuenco de sus manos. Trató de levantarse aún varias veces más, pero siempre nuevos puntapiés le hacían doblarse sobre sí mismo. Al fin desistió. Se entregó completamente al martirio de aquel látigo. El mexicano golpeó una y otra vez, hasta que apenas pudo levantar su brazo. Jim quedó sin sentido, con las ropas hechas jirones, en un rincón de la caballeriza.

* * *

No hubiese sabido decir cuánto tiempo llevaba sin sentido. Fue una sensación pastosa en la boca lo que le despertó. La abrió y cerró varias veces, hasta convencerse de que tenía en los labios sangre coagulada.

Quiso moverse y mil alfileres punzaron al unísono en su espalda. Tenía las manos hinchadas y las ropas desgarradas. Al incorporarse un poco vio que había estado descansando sobre regueros de su propia sangre. Tuvo que dejarse caer nuevamente, con una espantosa sensación de impotencia en todos sus músculos.

Empezó a arrastrarse. Lo hacía poco a poco, estudiándose a sí mismo, como si tratase de medir sus fuerzas. Y no tardó mucho en comprender que, de no recibir pronto asistencia, era difícil consiguiese andar un solo paso, al menos aquella noche.

Una rabia sorda y un odio incontenible se apoderaron de él. No se iría de Marfolk sin corresponder dignamente a aquella salvaje tortura de que había sido objeto. Nadie le prestaría ayuda en la ciudad, nadie le atendería ni cuidaría sus heridas, al menos aquella noche. Por lo tanto, si había que morir, era mejor hacerlo en pie y con los puños por delante. No imploraría ayuda de casa en casa, buscando inútilmente un médico que se atreviera a desafiar las posibles iras de Maxwell. Iría a buscar a Maxwell directamente. Se entendería con él.

Jim Latter siempre volvía. Robusta cabeza de piedra que nunca admitió la derrota. Reventaría de fatiga y se vería a sí mismo desangrándose, pero lo haría peleando con Maxwell. La idea de la muerte dio fuerzas a Jim para ponerse en pie.

Un gran silencio reinaba ahora en la caballeriza. Jim se llevó instintivamente las manos a las fundas de los revólveres, hallándolas vacías. Echó a andar, tambaleándose, sintiendo punzadas en todo su cuerpo. La mano derecha le quemaba, como si entre los nudillos tuviese brasas encendidas. Trató de erguir el busto y lo consiguió. Todavía le quedarían fuerzas para acercarse a Maxwell con la cabeza alta.

Abrió la puerta del exterior, encontrándose en la calle. Sabía que estaba cerca del Blue Saloon, y, en efecto, desde allí escuchó perfectamente los sones de una musiquilla. Marfolk se divertía aún a aquella hora. En los porches fronteros, junto a unos barriles de cal, dos vaqueros tarareaban una famosa canción, acompañándose con sus armónicas. Había grupos charlando en la calzada, junto a sus caballos. Y nadie pareció fijarse en él.

Jim respiró hondo, tratando de adquirir confianza en sí mismo. Todavía podría tenerse en pie y luchar. El castigo había sido brutal, pero poco científico. Los músculos de sus brazos y sus piernas aún eran capaces de un último esfuerzo. No importaba que tuviese la cara deshecha o las espaldas desolladas a latigazos, para que sus puños respondieran bien a las órdenes de la voluntad. No importaba tampoco que su mano derecha estuviese herida, pues se hallaba

dispuesto a dejarse el resto de sus nudillos en el rostro de Fred Maxwell.

Cuando Jim Latter salió a la calle, sabía que iba a morir. Sabía cuál iba a ser el resultado de la pelea, pero eso mismo era lo que le daba una fuerza salvaje y un deseo inexplicable de empezarla cuanto antes. Sus pies hollaron el polvo de la calzada con seguridad, con aplomo. Oyó cómo cesaba de repente el sonido de las armónicas.

Todos se fijaban en él. Las luces del Blue Saloon recortaban su figura. Un coche descubierto, con dos caballos de magnífica estampa, aguardaba frente a la puerta. Y algo le dijo a Jim que aquel coche era de Fred Maxwell, y que iba a utilizarlo precisamente para acompañar a Judith.

Giró una ojeada por la calle, donde había docenas de rostros atónitos contemplándole, igual que si mirasen a un fantasma. Cosa extraña, Jim se fijó en una especie de gran buzón de madera que había adosado a una de las fachadas, y junto al que montaba guardia, indolentemente sentado en una silla, un vaquero con un rifle. Luego su mirada se clavó en las oscilantes puertas del Blue Saloon, que eran empujadas en aquel momento. Maxwell y Judith salieron por ellas.

Fue la muchacha la primera que le vio, ahogando un grito. Maxwell lanzó una maldición, llevando la derecha a su único revólver.

Había en los labios de Jim una extraña sonrisa de desafío.

—Dispara, valiente —dijo, mirando a Maxwell—: No me moveré de aquí.

Las facciones de Judith parecían de cera. Trató de interponerse entre los dos hombres, mirando a Jim con una expresión de incredulidad. Pero Maxwell la apartó.

—Fred Maxwell nunca dispara contra hombres desarmados.

—Entonces dame un revólver y te enseñaré que hay cosas más amargas que el látigo.

Los ojos del sureño se posaron en la mano derecha de Jim con una expresión de suficiencia. Y entonces él la alzó lentamente, mirándola. No podría empuñar ningún revólver con ella. No podría siquiera mover el dedo índice para apretar el gatillo. Y su izquierda no era tan experta. El desafío equivalía a dar a Maxwell el gusto de

matarle como a un perro.

Pero el sureño parecía pensar en lo mismo.

—Nunca he aceptado un desafío a revólver en condiciones de inferioridad por parte de mi enemigo. Ni lo haré ahora. Te doy una última oportunidad para que salgas de Marfolk.

Era lo único que necesitaba oír Jim Latter: que después de aquel brutal castigo le invitasen a huir.

—He venido a ensuciar tu bonita cara, Maxwell. Y a hacerlo delante de esa mujer.

Avanzó un paso. Supo, al hacerlo, que no tenía la menor posibilidad de sobrevivir a aquel combate. Fred avanzó también hacia él, con los ojos llameantes.

—¡No! ¡Has hecho ya bastante, Fred! ¡Déjalo! ¡Déjalo marchar!

La voz de Judith era suplicante, sollozante casi. Pero resultó inútil.

Los dos hombres se aproximaron uno a otro, mientras en derredor se formaba un nutrido corro. Jim sintió que se le nublaba la vista. Atacó con los ojos cerrados y con el puño izquierdo, hallando el vacío en su acometida. Fred Maxwell lo esquivó fácilmente, y se dispuso a contestar. Sus dos puños salieron disparados hacia ambos pómulos de Jim, que volvieron a despedir sangre. Un científico golpe al estómago y un puntapié al mentón dieron con él en el suelo.

Jim volvió a tener en su boca aquella sensación de sangre, pero ahora más suave y caliente que la primera vez. Se incorporó, apoyándose en el brazo izquierdo.

Hubo un murmullo de asombro en derredor suyo. Era un verdadero despojo humano cuando se abalanzó de nuevo contra Fred. Y otra vez recibió una serie al rostro, científica y medida, propinada por parte del sureño con una sonrisa en los labios. Y otra vez cayó al suelo de espaldas, sintiendo cómo una lucecita lejana iba y venía dentro de su cráneo.

Creyó oír como en un sueño la voz de Judith, que intercedía por él. Y esto le dio fuerzas para incorporarse nuevamente. No necesitaba que una mujer intentase defenderle. Él mismo había escogido aquella muerte, y lo único que deseaba era acogotar a Maxwell antes de lanzar su último suspiro. Como una flecha volvió a lanzarse sobre su enemigo. Y esta vez acertó.

Sus puños se aplastaron sobre el rostro de Fred en una impresionante y salvaje serie que dejó tirantes los cuellos de todos los espectadores. Seis, ocho veces, sus nudillos hicieron saltar piel y sangre del rostro del sureño. Sabía que aquello era el fin, y golpeó con sus últimas fuerzas, con su último aliento, hasta encontrar el vacío ante sus puños. Sintió un mazazo en su cráneo, pero muy lejano, como si no le hubiese alcanzado a él. Luego un golpe en su mentón, que le impulsó hacia atrás. Cayó sobre alguien. Maxwell le sujetó por la camisa, enviándole su aliento cálido. Un rodillazo al bajo vientre dobló a Jim. Un gancho al mentón lo envió exánime contra uno de los barriles de cal.

Todavía se mantuvo en pie. Se mantuvo el tiempo suficiente para que Maxwell le rociase con cal viva las heridas del rostro. Una carcajada satánica se elevó del grupo. Maxwell lanzaba riendo las partículas de cal sobre la cara y los ojos cerrados de Jim Latter. Éste cayó lentamente, de rodillas, perdidas todas sus fuerzas. Un nuevo punterazo al mentón lo envió al suelo definitivamente. No había logrado colocar más que una serie sobre el rostro de Maxwell.

Las espuelas mexicanas se acercaron a su rostro.

—¿Lo acabamos, patrón? —preguntó uno de los que le habían torturado con el látigo.

—No. Al fin y al cabo, este tipo es un valiente, y no se le debe matar así. Llevadlo hasta diez millas de la población en la carreta de los muertos, y abandonarlo. No vivirá.

CAPÍTULO V

Algunos de los cadáveres que se enterraban en Marfolk estaban más enteros que el cuerpo de Jim Latter cuando la carreta le abandonó como un fardo fuera del camino.

Restallaron los látigos cuando los caballos dieron la vuelta, pero Jim no lo advirtió, como no había advertido tampoco el incesante traqueteo de la carreta durante la marcha. De bruces sobre el polvo, los dedos crispados en su rostro, ni siquiera el frío de la noche logró hacerle recobrar el conocimiento. Tuvo que ser el ruido de otro carruaje lo que le despabiló, haciéndole lanzar un gemido. Al abrir los ojos vio que una diligencia pasaba a cincuenta yardas de distancia, levantando nubes de polvo. Caballos y coche desaparecieron de su vista como una exhalación.

Otra cosa que contribuyó a despertarle fue el insufrible dolor que le producían las heridas de su cara. Tanto, que, arrastrándose, trató de encontrar un poco de agua con que lavarlas. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Tras cinco minutos de penoso avance, volvió a quedar desvanecido.

Le despertó el sonido de unas extrañas pisadas que avanzaban a través de la pradera. Eran unas pisadas lentas y rítmicas, como las de un autómata. Tan peculiares eran, que tuvo que levantar la cabeza con una expresión de sorpresa, Vio entonces una figura masculina que avanzaba hacia él, con los brazos semi extendidos, igual que un sonámbulo. Aquella figura se detuvo a unos cinco pasos.

Era la de un hombre alto, pobremente, vestido, sin armas. Llevaba un viejo sombrero encasquetado hasta las orejas. Y parecía guiarse exclusivamente por el olfato, al avanzar hacia él. Jim se apoyó en el brazo izquierdo, levantando medio cuerpo.

—¿Quién eres? —habló el hombre, que tenía una voz lejana, hueca.

—Me han echado de Marfolk. ¿Tiene un poco de agua?

El hombre se inclinó entonces sobre Jim. Éste vio en sus ojos una espantosa inmovilidad.

Aquel hombre era ciego.

—Yo le ayudaré —dijo—. Tengo mi casa muy cerca de aquí.

Jim se incorporó trabajosamente, ayudado por el ciego. Éste tenía una expresión, dulce y pacífica, y sus ojos sin luz palidecían aún más bajo la claridad de la luna llena. Al ponerse en pie, Jim vio unos árboles no muy lejanos, y entre ellos una choza. Ni rastro de cualquier otra presencia humana se advertía por allí.

—¿Tiene agua?

—Tengo agua y hierbas que le curarán. Está usted malherido.

Dado el caminar vacilante de Jim, cualquier ciego hubiese advertido este detalle. Pero lo que el joven no se explicaba bien era cómo aquel hombre había sabido venir rectamente hacia él a través de la pradera, pese a estar apartado del camino.

—Seguramente se preguntará usted cómo le he encontrado —habló el ciego, que parecía adivinar todo—. Acostumbrado a prescindir de mis ojos, mi olfato me enseña los buenos y los malos caminos. Olí una presencia humana cuando estaba a unos cien pasos de usted y eso me extrañó, porque nadie se detiene aquí durante la noche, estando Marfolk tan próximo. Por eso me acerqué. ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada que no haya sucedido otras veces. Me pegaron en Marfolk una soberana paliza.

—Texas es mala tierra para los camorristas, hijo. A la larga, siempre encuentran la horma de su zapato.

Jim tragó saliva lentamente.

—Sí, es cierto. Debo confesar que llegué a Marfolk en son de guerra.

Guardaron silencio unos momentos, hasta llegar a la casa. Ésta era de madera, con paredes semiderruidas y, como pronto pudo comprobar Jim, estaba llena de gatos. No era fácil suponerse qué alimento podían encontrar los animales en la pradera, pero lo cierto era que vivían, y que empezaron a maullar como condenados al avistar al ciego y su acompañante.

En el interior había un camastro, una mesa y un fogón. Todo esto fue claramente visible a la luz de una lámpara de petróleo que el ciego encendió sin la menor vacilación, como si a pesar del desorden de la pieza, recordase la situación exacta de todos los objetos. Jim, que apenas tenía fuerzas para seguir en pie, sentía unos agobiantes deseos de tenderse en el camastro y cerrar los ojos, pero trató de conservar la suficiente dignidad para no hacerlo mientras el desconocido no se lo indicase. Éste se puso a llenar un barreño con el agua que las lluvias habían depositado en un recipiente del techo de la cabaña, agua que podía pasar al interior mediante un sencillo grifo en la pared.

—Ante todo, quítese esos andrajos y lávese. Es necesario. Creo que podré prestarle alguna ropa de la que de vez en cuando dejan por aquí. Luego veremos qué tal están esas heridas.

Jim no tenía el cerebro demasiado claro, pero le sorprendieron las palabras del ciego.

—Dice que la gente deja ropas aquí. ¿Por qué?

—Yo vivo gracias a la ayuda de todos los habitantes de Marfolk, y puedo considerarme un hombre rico. ¿No lo sabía?

El joven denegó con la cabeza, perplejo. Luego se movieron sus labios, comprendiendo que el otro no podía haber visto su ademán.

—No, no lo sabía. Llegué a Marfolk ayer.

—Y ha aprovechado bien el tiempo, hijo. Vamos, lávese.

Jim se acercó a la pila, tambaleándose, y empezó a mojarse todo el cuerpo, aunque sin frotar con las manos porque apenas hubiese podido resistir el dolor. El agua fresca reavivó sus heridas, y tuvo que apretar los dientes para no gemir. Pero al cabo de unos minutos se sintió más aliviado, y su cerebro funcionó con más normalidad. Mientras se lavaba los brazos, volvió la cabeza para mirar al ciego. Era aquél un tipo extraño. Había dicho que vivía gracias a los habitantes de Marfolk, y que era rico. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué se molestaban los matones de Marfolk en llevar ropas hasta allí? Jim tuvo la sensación de que en todo aquello se ocultaba un misterio. Y aquella sensación fue más lejos, haciéndole estremecerse. Pues sin saber por qué, relacionó a Mark Peters, a Judith, y a la misión que le había llevado hasta allí, con aquel ciego. Era una especie de verdad oscura e incomprensible que se iba adueñando por momentos de su cerebro. Se estremeció otra vez, y

el dolor lacerante de sus heridas le obligó a dejar de pensar en ello.

* * *

Al amanecer le sobrevino la fiebre. Durante horas y horas estuvo entrechocando los dientes, tiritando de frío y asiendo con las manos crispadas el borde del camastro, como entre sueños veía la figura silenciosa del ciego, que no se apartaba de su lado, y que a intervalos intentaba hacerle beber unos brebajes de hierbas que él mismo había preparado. A la noche siguiente decreció la fiebre, y cuando por la única ventana de la choza penetró la luz de la luna, Jim Latter empezó a recobrar lentamente la plenitud de sus sentidos.

Varias veces el ciego había frotado unas anchas hojas amarillas por su tronco y cara. Aquellas hojas debían de tener algún poder cicatrizante, porque en los bordes de las heridas Jim sentía tensa la piel. Después del acceso de fiebre, se sintió más calmado, y sus ojos se dirigieron por primera vez hacia el ciego con una expresión de gratitud.

—Le estoy muy agradecido por todo lo que hace. Al fin y al cabo, soy un extraño para usted.

—Nadie es extraño para mí, hijo.

—¿Por qué se molesta tanto por mí? No sabe ni cómo me llamo.

—Ni tengo ningún interés en saberlo. Estás herido y eso es suficiente.

Jim fue a estrecharle la mano con su derecha, pero advirtió que la tenía vendada y que apenas podía moverla.

—¿Cree que podré ponerme en pie?

—No te lo aconsejo, al menos hasta que transcurran un par de días. Aunque todas tus heridas son superficiales, has perdido mucha sangre.

—¿Podré mover la mano otra vez?

—La tenías casi curada, pero tú mismo te destrozaste los nudillos al pelear la otra noche. Durante un par de semanas no te convendrá moverla.

Jim dirigió una atenta mirada a su alrededor. Vio que, en una estantería, al fondo de la habitación, había cacharros de cocina y algunas latas de conserva. Sobre el fogón humeaba un pote, despidiendo un grato olor a café.

—No has tomado alimento desde hace muchas horas —comentó el ciego—. Necesitas comer algo.

Se levantó, preparándole en otro pote más pequeño un poco de café, y en un plato de metal unas judías que extrajo de una de las latas. Jim comió lentamente, pues las mandíbulas le dolían al masticar y sentía escozor en la garganta.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó al fin, tras beber el café.

—Sam Landford. Tengo cuarenta y cinco años.

—¿Y cuándo quedó ciego?

—Hace unos dos años, cuando el gran incendio. De eso sí que habrás oído hablar.

Jim entrecerró los ojos.

—Sí. Creo recordar que en el hotel alguien me habló de eso. ¿Quiere decir que Marfolk se incendió?

—Sí. Eso es. Empezó en un establo, transmitiéndose el fuego a la mayor parte de las casas de madera. Observarías que la mayoría de ellas son casi nuevas.

—Es cierto. Me fijé en ello.

—Pues bien, desde entonces me ayudan todos los habitantes de Marfolk.

Jim se tendió en el camastro completamente, mirando al ciego. Éste tenía una expresión serena e impasible, y no revelaba la menor fatiga, a pesar de haber estado dos noches enteras sin dormir.

—¿Por qué?

Sam no contestó. Parecía no tener el menor interés en hablar de aquello. Se levantó calmosamente y extrajo de un cajón varias prendas de ropa: una camisa negra, unos pantalones tejanos, un sombrero nuevo. Jim contemplaba todo aquello con cierto asombro.

—¿Dice que todo eso se lo traen aquí?

—Sí, y cuenta ropa creen que voy a necesitar. Yo mismo no sabría comprármela.

—¿Quién suele traerla hasta aquí?

—Casi siempre Judith Bien. Esa pobre muchacha es un ángel.

Jim echó la cabeza atrás, pesadamente. Otra vez habían vuelto a él aquellos pensamientos oscuros e inciertos. Judith Bien tenía una relación concreta con aquel ciego. Tal vez Mark Peters también… Cerró los ojos. No quería seguir pensando, porque todo aquello le producía una honda y oscura intranquilidad.

* * *

Durante dos días no vino nadie a la choza. Hacia el mediodía del tercero, varios jinetes aparecieron en la línea del horizonte.

—Se oyen cascos de caballos —advirtió Sam—. ¿Puedes ver quiénes son?

Jim se incorporó trabajosamente en el camastro y miró a través de la ventana.

—Cinco hombres. Van armados con rifles.

Por unos momentos pensó que Fred Maxwell había averiguado que todavía seguía vivo y venía a rematarle, aunque tal conducta no hubiera estado muy acorde con la brutalidad franca y abierta, sin engaños, que había advertido en su enemigo. Minutos más tarde se convenció de que no existía peligro por aquel lado, pues los que se apearon de sus monturas frente a la choza eran un *sheriff* y cuatro de sus agentes.

Entraron sin solicitar permiso de Sam, quien por el olor parecía ya haberles reconocido. Se dirigió hacia el representante de la ley y le estrechó la mano.

—Ya estaba dudando de que volvieras a Marfolk, Claridge. ¿Habéis conseguido algo?

—Nada. Aquella pista era falsa. De los tipos que atracaron el Banco Rural no ha quedado el menor rastro en todo el territorio de Texas. Habrá que dejar las cosas como están.

Volvió la cabeza hacia el camastro y entonces sus ojillos se fijaron en Jim.

—¿Quién es ése?

—Un hombre a quien encontré herido cerca de la cabaña. Le habían propinado una paliza en Marfolk, a lo que parece.

El *sheriff* se acercó, manteniendo aún una expresión claramente recelosa.

—En que le atizaron fuerte, no hay duda. ¿Cómo te llamas?

—Jim Latter. Vengo de Ciudad de Plata, Nevada.

—¿Para qué?

—Para llevarme a Judith Bien.

Los cinco hombres rieron a la vez, con burlona y estentórea carcajada.

—¿Para llevarte a Judith Bien? ¿Y no te hablaron de que existía un tal Fred Maxwell?

Jim se mordió los labios.

—Ése es el que me propinó la paliza… con la ayuda de cuatro hombres.

La carcajada se volvió a repetir. Fue Claridge, al fin, el que impuso silencio.

—Judith Bien no es mujer para escaparse con el primer aventurero que le salga al paso, amigo. Ya hubo uno que intentó llevársela, y salió de Marfolk con el rabo entre piernas.

—¿Mark Peters?

—Sí, Mark Peters. ¿Le conoces?

—Fue él quien me habló de Judith.

—Y te entusiasmaste tanto que quisiste repetir su hazaña, ¿no? Creo, amigo, que hiciste mal fiándote de un tipo que no es lo bastante hombre para mantener un desafío.

Otra vez, alguien volvía a decir a Jim una cosa tan extraña como ésta: que Mark Peters no era lo bastante hombre para entendérselas con los pistoleros de aquella tierra. Y otra vez Jim volvió a sentir la sorpresa y la incertidumbre en lo más hondo de su corazón. Porque él, que se preciaba de conocer a los hombres, había visto siempre en los ojos de Mark la fría determinación del que está decidido a todo, sin miedo y sin escrúpulos en su alma. ¿Cómo, pues, era posible que se hubiese «ablandado» ante Fred Maxwell? Cierto que tiraba como los diablos, pero Mark era de esos hombres que siguen en pie mientras les quede una bala. Con una indisimulada sorpresa en sus ojos, Jim miró al *sheriff* fijamente.

—No es usted el primero que me dice eso. Sin embargo, yo sustento la opinión de que Mark Peters es un buen tirador. ¿Qué diablos pudo ocurrir para que saliese de Marfolk con el rabo entre piernas?

Claridge paseó la bota por el suelo, mirando pensativamente la puntera.

—No es que la cosa tuviera demasiada importancia, porque estamos acostumbrados a que todos los matones huyan delante de Fred Maxwell. Pero aquella vez la cosa alcanzó caracteres vergonzosos. ¿Conoces a Judith Bien? Es decir, ¿llegaste a verla antes de que Maxwell te repasase las costillas?

Jim se mordió los labios, sufriendo una crispación. De buen grado hubiese dicho algo a propósito de aquello. Pero, al fin, no

estaba en situación de discutir, y menos por cosas ya pasadas. No obstante, a no ser por el respeto que Sam le infundía, hubiese contestado al *sheriff* algo grueso.

—Sí, llegué a verla. Y a hablarle.

—Pues bien, ya sabes que es una mujer como para que se te muevan los dientes al verla pasar. Vivía aquí con su padre, y hacía una vida honorable. Pero cuando asesinaron al viejo, ella quedó sin recursos…

—¿Lo asesinaron? ¿Quién?

—Un borracho, por una cuestión estúpida, frente a la puerta del Blue Saloon, donde ella trabaja ahora. Mark Peters, que era forastero, y Fred Maxwell estaban cerca. Y apenas el tipo trató de huir, tras llenar de plomo al viejo, ellos dispararon. Fred sólo acertó a darle en una pierna, pero Mark le atravesó el cráneo de lado a lado y dos veces. Jamás he visto hacer dos disparos tan perfectos como aquéllos. La rivalidad entre Fred y Mark nació en tal momento.

Claridge parecía un hombre hablador y poco reservado, uno de esos tipos que, si alguna vez capturan a un delincuente, están contándolo toda la vida. Jim Latter le escuchaba atentamente, pues todo aquello estaba relacionado con la extraña misión que le había traído allí. Y se refería a Judith Bien.

—Naturalmente, la muchacha se fijó en el hombre que había vengado a su padre a pesar de saber que Maxwell estaba enamorado de ella. Y las cosas se complicaron cuando el dueño del Blue Saloon ofreció a Judith la posibilidad de cantar, pues la muchacha no tenía medios de vida. Ella aceptó… Je, je, la chica aún sueña con debutar algún día en un teatro del Este, digo yo. Era curioso ver cómo Fred y Mark se colocaban cada uno a un lado del escenario, mirándose fijamente. Todos sabíamos que acabarían matándose, y el sepulturero incluso empezó a admitir apuestas. Judith estaba considerada, de todas formas, como la novia de Mark Peters. Sabíamos que habría pelea, y la aguardábamos con curiosidad. Incluso yo, a pesar de que mi obligación… Ejem, yo digo que uno no debe estar pensando en la obligación siempre. Pero nadie suponía que ocurriese lo que en realidad ocurrió: que Mark se acobardase de aquella manera…

—¿Llegó Fred a desafiarle?

—Sí. Fue al día siguiente del atraco al Banco Rural. Tuvimos mucho trabajo durante unas horas, porque el golpe fue de lo mejor preparado que recuerdo. Uno de los asaltantes murió junto al buzón de Sam. De los otros dos nada pudimos saber, aunque durante cuatro meses hemos recorrido el Estado de punta a punta, en su busca. Pues bien, al día siguiente…

A Jim le hubiera gustado preguntar en qué consistía el «buzón de Sam», pero se abstuvo de interrumpir al *sheriff* por miedo a cortar su momento de expansión.

—… Al día siguiente se celebraba una pequeña fiesta en el Blue Saloon. Mark bailaba con Judith, y la besó en la mejilla ante las narices de Fred Maxwell. Éste no pudo resistirlo, y atrajo violentamente a Judith hacia sí. La besó en la boca descaradamente. ¡Ah, amigo, y qué manera de besar a una chica! Judith se puso blanca, amarilla y roja en menos de un segundo. Golpeó a Fred y le arañó, pero éste estuvo besándola hasta que le dio la gana terminar. Luego la apartó, separándose unos pasos de ella, con las manos a la altura de las fundas. Mark estaba frente a él, y supimos que allí iba a morir uno de los dos. Pero ese valiente tipo que tú tienes por amigo, ni siquiera llegó a «sacar». Todos vimos cómo le temblaba la rodilla, cómo su color cambiaba. Tenía miedo. ¡Tenía miedo de Fred Maxwell, y delante de su novia! Le temblaban los dedos. Maxwell estaba quieto frente a él dispuesto a todo, a morir o a matar. Al ver que no «sacaba» le insultó, pero Mark volvió la espalda. En aquel momento mereció que le matasen. Al día siguiente salió de Marfolk, y nada más hemos vuelto a saber de él. ¿Dices que le viste en Ciudad de Plata?

—Sí, le vi allí.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Era pistolero profesional.

Claridge y todos sus hombres soltaron al unísono una nueva carcajada.

—¡Pistolero profesional! ¡Un tipo como Mark Peters queriendo infundir respeto en un cementerio como Ciudad de Plata! Bueno, amigo, uno no es nunca demasiado viejo para oír cosas sorprendentes. Vuelve allí y salúdale en nombre del *sheriff* de Marfolk. Dile que aquí, cuando pronunciamos su nombre, a todos nos duelen las mandíbulas de tanto reír. ¡Ah, y lárgate cuanto antes!

¡Puede que a Fred se le ocurra volver!

Una especie de mano negra pasó en aquel instante ante la cara de Jim Latter. Sus facciones se oscurecieron y por un momento sus ojos brillaron extrañamente. Luego intentó sonreír.

—Sí. Es posible que vuelva pronto a Ciudad de Plata. Y entonces diré a Mark Peters todas esas cosas, *sheriff*.

Aquella noche no pudo dormir. Sam se acostó a los pies del lecho, como siempre, sobre una esterilla. Y antes de dormirse le hizo una advertencia:

—Ahora Claridge dirá por todo el pueblo que tú estás aquí, hijo. Y entonces es posible que a Maxwell se le ocurra volver. Es un hombre duro, y a quien fácilmente se le calienta la sangre.

Jim guardó silencio. Entonces Sam insistió:

—Ahora ya puedes tenerte en pie. Recoge tu caballo y vuelve a Nevada.

Jim no contestó tampoco. Tenía los brazos cruzados bajo la nuca y siguió pensando, sin poder cerrar los ojos.

CAPÍTULO VI

Al día siguiente se levantó para afeitarse, lavándose cuidadosamente y vistiéndose las ropas que para él sacara el viejo Sam.

Vio en un pedazo de espejo que estaba más presentable de lo que había supuesto. En la cara no tenía más que dos pequeñas cicatrices, una en la barbilla y otra en el pómulo izquierdo. Su espalda estaba surcada por huellas de látigo, pero no eran visibles, y además, según había asegurado Sam, desaparecerían transcurrido un año, gracias a que no habían sido hechas con la espalda desnuda. Únicamente le desasosegaron sus fundas vacías, y preguntó al ciego si tenía un revólver.

—Jamás he llevado armas, hijo. Y ahora menos que nunca, porque no me servirían para nada. Tú tampoco las necesitas. Si vas desarmado, Fred Maxwell no te matará.

Jim miró a su bienhechor fijamente.

—¿Usted también cree, Sam, que yo soy de los que tienen miedo a Maxwell?

—Serías un hombre razonable si lo tuvieras.

—Pues bien, ese matón no me infunde el menor respeto. Deseo con toda mi alma que venga. Voy a esperarle aquí.

Y Jim se sentó junto a la puerta, mirando hacia el horizonte con los ojos entornados. Su mano derecha ya no le dolía. Sabía que no podía golpear con ella, que era inservible todavía, pero le consolaba verla entera y sin vendajes. Si Fred se acercaba por allí, no necesitaría más que una mano para contestarle.

Hacia el mediodía alguien se acercó a la cabaña. Eran dos jinetes que galopaban juntos y que se dirigían en línea recta hacia allí. Jim tardó bastante en distinguir que se trataba de una mujer y un

hombre. Se puso en pie.

A unas cien yardas, distinguió claramente que la mujer era Judith Bien. Su acompañante era un tipo rubio, alto y fuerte, con una buena artillería en los flancos. Jim no le había visto hasta aquel momento.

Los dos se detuvieron a poca distancia de la casa, y Judith avanzó directamente hacia él.

Iba vestida de amazona, y su camisa negra realzaba aún, más la finura de su cutis. Sus amplias caderas, sus poderosos senos le daban al caminar un aire majestuoso que era fama amedrentaba a los hombres. Jim sintió también cómo la simple presencia física de Judith le cohibía un poco, a pesar de no ser un temperamento impresionante. Adelantó un paso hacia ella.

—Celebro verla por aquí, Judith. ¿Viene a que le avise la fecha de mi entierro?

—He venido a pedirle que se marche de aquí.

—¿Marcharme? Ahora es cuando empiezo a encontrar divertida esta tierra. ¿Por qué quiere que emigre?

El rostro de la muchacha denotaba una honda, una sincera inquietud.

—El *sheriff* ha explicado a todo el pueblo que Sam lo auxilió, y que está usted en su cabaña. Yo me he enterado por milagro antes que Fred Maxwell y he venido a advertirle. ¡Le matará si sabe que, a pesar de todo, continúa usted aquí!

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que yo podría matarle a él?

—Bien dicho, amigo.

Jim miró hacia el lugar de donde había partido la voz. Se fijó entonces detalladamente, por primera vez, en aquel joven rubio. Era alto y hercúleo, pero tenía algo de cobarde y rastrero en su mirada. Además de sus revólveres llevaba un puñal corto, un arma ideal para asesinar por la espalda. Vestía ostentosamente, como un matón. A Jim no le gustó.

—¿Quién es ése? —dijo, desviando su mirada hacia Judith.

—El único amigo que tengo en Marfolk. También era amigo de Mark.

—Y me llamo Lewis Rod —añadió el rubio, levantando la mano.

Jim le saludó con una inclinación de cabeza.

—Yo he intentado convencer a Judith —siguió Lewis, con voz

lenta—, de que, si en efecto desea salir de Marfolk y reunirse con Mark Peters, sólo puede hacerlo contando con la ayuda de un tipo como usted. De otro modo, Fred Maxwell acabará atándola para siempre. Pero ella tiene la cabeza de piedra, y a pesar de eso ha venido aquí para decirle que se vaya.

—¿Usted es partidario de que me quede? —preguntó Jim.

—¿Yo? ¡Naturalmente!

—Y si también es amigo de Mark, ¿por qué no ayuda a Judith a salir de Marfolk?

Lewis quedó cortado, y sus labios se cerraron con fuerza un instante. Pero en seguida volvió a sonreír con una expresión ambigua, poniendo los brazos en jarras.

—A mí nadie me ha encargado esa faenita, amigo Y, aunque quisiera, yo no soy un tipo capaz de llevarla a cabo. No abundan los sujetos que, después de recibir una paliza como aquélla, estén ahora de pie y con la cintura en su sitio.

Judith miró detenidamente a Jim, como si ella misma se diese ahora cuenta de tal extremo.

—En efecto, parece usted recuperado. Después de aquello creí que nunca más podría ponerse en pie.

—El viejo Sam es un mago. A no ser por él, hubiese muerto. Y a propósito, debo darle las gracias por su intercesión cerca de Fred. Oí cómo le decía que no me pegara más.

La muchacha enrojeció, apretando los labios furiosamente.

—No comprendo cómo puede tener tan buen humor, a pesar de lo que ocurre, Jim. Debo confesarle que mientras Fred le pegaba, sufrí tanto como usted. No estaba en condiciones de resistir una pelea.

—¿Y ahora?

—Ahora tampoco. Se ve que no puede mover la mano derecha. Y en estas condiciones, ¿quiere dar a Fred el gusto de matarle? Lo hará en cuanto sepa que yo he venido aquí. ¡Por eso es tan necesario que usted ponga en seguida mucha tierra de por medio! ¿Me entiende? ¿O es que está decidido a morir?

Impulsada por el calor de sus propias palabras, se había acercado más a Jim. Éste la contempló tan peligrosamente cercana, que aspiró su perfume.

—Estoy decidido a llevarla a Ciudad de Plata.

Los labios de la muchacha se entreabrieron involuntariamente. Hubo en ellos una inconsciente sonrisa de admiración.

—Veo que Mark escogió bien al hombre que había de representarle en su ausencia. Y le juro que necesito salir de aquí. No puedo resistir un minuto más.

—En tal caso, podemos irnos ahora. Mejor ocasión no podríamos encontrarla jamás.

—No, ahora no puede ser.

—¿Por qué?

Judith negó con la cabeza tercamente. Se volvió hacia Lewis.

—Márchate ahora, y regresa a Marfolk. Yo diré que he ido a dar un paseo a caballo. Fred puede extrañarse si nos ve regresar juntos.

Lewis obedeció de mala gana montando en su caballo. Jim advirtió sus movimientos indolentes y achulados y su presencia le desagradó todavía más.

—No se deje convencer, si ella vuelve a pedirle que se vaya, amigo. Está deseando marcharse de aquí.

Hizo un saludo con el brazo, y desapareció al galope. Jim quedó solo con Judith, pues el ciego aún no había salido de la choza. La muchacha le indicó un tronco caído, sobre el que se sentaron los dos.

—¿Qué le mueve a hacer todo esto? —preguntó directamente ella.

—Se lo dije al conocerla. Hice una promesa a Mark, y yo siempre cumplo lo que digo.

—¿Cree que lo encontraremos vivo? —Había ansiedad en la voz de la muchacha.

Jim no contestó. En vez de hacerlo, le dirigió una pregunta:

—¿Está muy enamorada de él, Judith? ¿Le quiere mucho?

Ella bajó los ojos.

—Celebro que me lo haya preguntado de esa manera, porque cada una de sus dos preguntas tiene una respuesta distinta. Estoy enamorada de Mark, pero no le quiero. Mark es uno de esos hombres a quienes una mujer razonable no puede querer.

—Entonces, ¿cómo se explica que esté enamorada de él?

—Porque Mark deja en el recuerdo una huella profunda en cuanto se le ha visto una vez.

Jim se mordió los labios, contemplando fijamente a Judith. Y

observó que la muchacha también tenía la boca contraída, con una expresión de contenido dolor. Sus ojos, que parecían transparentes a la clara luz de la mañana, estaban sin embargo fijos en un punto lejano, y había en ellos una mirada sombría.

—Pero Mark se portó cobardemente ante usted… —insinuó Jim.

Ella no contestó. Sólo acentuó un poco más la rigidez de sus labios. En el corazón del joven fue creciendo aquella extraña sospecha que le asaltara ya la primera vez que oyó decir que Mark Peters no era todo un hombre. Sus ojos escrutaron el rostro de Judith. Quisieron penetrar hasta el fondo de su secreto.

—¿No me contesta?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—Hace bien. Ni siquiera era una pregunta. Se me había ocurrido pensar eso de repente.

—¿Por qué peleó con Mark? —inquirió ella, mirándole fijamente ahora.

—Porque en Ciudad de Plata era el guardaespaldas de un granuja. Y muerto el granuja, había que matar a su sombra.

—Pero usted no le mató. Él tuvo fuerzas para hacerle prometer que vendría aquí. ¿Cree que cuando regresemos lo encontraré sano y salvo?

—Le he dicho que no lo sé. Le di en el pecho, pero no pude saber si la herida era grave. Y va a permitirme que sea sincero ahora: usted, aunque me ha preguntado varias veces por Mark, no siente la pena que en realidad debiera sentir al no saber si vive o ha muerto. Ni me mira con los ojos con que otra mujer miraría al posible matador del hombre a quien ama. Casi diría que usted… Bien, sí, casi diría que usted se interesa por Mark deseando, en el fondo, recibir la noticia de su muerte… como si de ello dependiera su liberación.

Jim vio cómo la muchacha se estremecía, cómo se entreabrían sus labios y empezaban a temblar.

—Veo que he dado en el blanco. ¿Tal vez está usted, aunque no lo confiese, enamorada de Fred Maxwell?

—¡Nunca!

La voz de Judith había sido sincera y violenta como una explosión de odio.

—Entonces, ¿por qué no ha intentado antes huir de aquí? ¿Es

cierto que la retiene él a la fuerza?

—Es cierto. Estaba ya enamorado de mí cuando vivía mi padre. Fred Maxwell no ha salido jamás de Texas, ni yo tampoco. Nos conocemos hace años. Mark Peters fue el único hombre que se interpuso en el camino de sus aspiraciones. Eliminado él, no concibe que yo misma pueda ser un obstáculo. Es violento y brutal, acostumbrado a obtener por la fuerza todo lo que quiere. Sólo tiene la virtud de hacerlo todo cara a cara. Si algún día yo me atreviese a huir de Marfolk, él me mataría.

—¿Y por eso necesitaba Mark alguien que la ayudase a salir de aquí? Ahora empiezo a comprenderlo todo. Se disponía a venir cuando yo le herí. Y entonces, impotente para moverse de Ciudad de Plata, me hizo prometer que le sustituiría. Pensó que el hombre capaz de tumbarle a él podía hacer lo mismo con Maxwell.

—Sin duda eso debió pensar.

—Y si pensaba venir aquí, es porque no tenía miedo. ¿Por qué entonces se acobardó en la fiesta del Blue Saloon?

Judith se mordió los labios, nerviosa.

—He dicho antes que no quería contestarle a esa pregunta. Sólo le confesaré que me será muy difícil perdonar a Mark aquella humillación.

No estaba clara la respuesta de la muchacha, y Jim hubiese seguido preguntando, pero en aquel momento, al rozar el tema, le sobrevino un pensamiento doloroso: Mark y Fred Maxwell habían besado a aquella beldad. La habían besado los dos el mismo día, ante testigos, y, según había dicho el *sheriff*, Maxwell lo hizo «hasta hartarse». Una especie de mano de fuego recorrió la espalda de Jim Latter.

—Mark la besó muchas veces —comentó, sin saber apenas por qué, incapaz de contenerse.

—¿Mark? Sólo una vez, en el Blue Saloon, en la mejilla y con el deliberado propósito de irritar a Maxwell. —Los ojos de la muchacha llameaban—. Sólo una vez. ¿Y por qué me dice usted eso? ¿Quién se ha creído que soy?

Jim había erguido el cuerpo, y por unos segundos se miraron fija y agresivamente, tan cerca uno del otro que captaban sus alientos. Había una llama de indignación en los ojos de Judith, y una llamarada de rabia en los ojos de Jim. No sabía por qué ni se lo

preguntaba, porque en realidad él no era quién para juzgar la conducta de ella. Pero lo evidente, de un modo u otro, era que algo le torturaba el corazón con la contundencia de los hechos reales, y él sabía que contra aquello no podía luchar. Crispó sus diez dedos en el tronco, acercándose más a Judith.

—¿Y Maxwell? ¡Maxwell la besó tanto tiempo como quiso!

Los ojos de la mujer le hirieron con una chispa de furor.

—¡Maxwell me besó a la fuerza! ¡No hay mujer en Texas que no haya sido besada por la violencia alguna vez! ¡Y conmigo sólo lo ha conseguido Maxwell, y porque Mark lo quiso! Sólo Maxwell, ¿me ha entendido bien? ¡El hombre a quien siempre he tenido miedo, de quien siempre he deseado huir!

Estaban tan cerca sus rostros que los dos se separaron a un tiempo y casi violentamente, como dándose cuenta de la anormalidad de aquel momento. Pero los ojos del uno siguieron presos en los del otro.

—Si es a él a quien teme, empiece a ser caritativa y rece por él. Yo mataré a Fred Maxwell.

Y añadió con los labios casi cerrados, como si escupiese las palabras:

—Por eso no me he marchado de aquí.

Tembló la barbilla blanca y fina de Judith. Se entreabrió su boca anhelante que parecía pedir algo, exigir alguna cosa de vital importancia en aquel momento. Jim se inclinó un poco hacia ella, sin pensarlo y sin quererlo.

En aquel instante salió Sam de la cabaña, e instintivamente se apartaron los dos.

* * *

—¿Que en qué consiste mi vida? Ya lo ves hijo. Voy de un lado a otro de la región. Siempre he deseado llevar esta existencia de vagabundo.

—Pero ¿de qué vive? ¿Cómo se explica que gente tan poco sociable como la de Marfolk le ayude con víveres y ropas?

Caminaban los dos juntos a la hora del crepúsculo, y el ciego elevó hacia el firmamento oscurecido sus ojos sin luz.

—Y con dinero también, hijo.

—¿Con dinero también? ¿Cuándo?

—¿No oíste que el *sheriff* hablaba del «buzón de Sam»?

Jim se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¡El buzón de Sam! ¡Su buzón!

—Tienes que haberlo visto. Está junto al Blue Saloon, y en él depositan los habitantes de Marfolk pequeñas cantidades para mí. No me gusta hablar de ello, ya lo sabes, pero al fin alguien te lo contaría. Cuando en Marfolk hubo el gran incendio, yo hice lo posible por salvar a cuanta gente estuvo en mi mano. Dicen que aquello fue un acto heroico; yo no comprendo que en ayudar a un semejante en peligro pueda haber mérito alguno. Me introduje en varias casas en llamas, y saqué mujeres, niños… Por fin, en una de ellas tuve la desgracia de que varias pavesas encendidas cayesen sobre mis ojos. Es posible que en una ciudad del Este, con buenos médicos, yo hubiese sanado, pero aquí quedé ciego sin remedio. Entonces los ciudadanos de Marfolk decidieron que su obligación era ayudarme.

—¿Y lo hacen trayéndole ropas y víveres a la cabaña y depositando dinero en el buzón?

—Cierto. Yo no sirvo para ningún trabajo, y me dedico a lo que siempre ha sido mi ilusión: vagar por la comarca. No puedo verla, pero distingo a las gentes por su voz y su olor; los animales me quieren, y yo soy feliz a mi manera. De tarde en tarde vuelvo a la choza, descanso unos días y marcho de nuevo. Suelo pasar por Marfolk y recoger las limosnas que hay en el buzón. Ello me demuestra que las gentes de la población son buenas, en el fondo. Me quieren y me respetan. Cuando a alguien le sobra una moneda, la guarda para el viejo Sam. La idea del buzón se debe a Judith: así nadie se siente obligado, y cada uno deja lo que quiere. Buena tierra Marfolk, hijo; es lástima que algunos la manchen con sangre.

Jim guardó silencio unos minutos mientras adaptaba sus pasos a los del ciego. La oscuridad era creciente, y ambos parecían dos sombras en la inmensidad de la pradera. A lo lejos se distinguían las luces de Marfolk.

—Pero creo recordar que había un centinela junto al buzón. ¿Es que lo vigilan?

—A veces —el ciego rió silenciosamente—. Nunca suele haber en él más de cincuenta dólares, y nadie tendrá interés en robarlo.

Está en la pared de un saloon abierto día y noche, por lo que siempre hay ojos que lo miran. Y ningún tejano de buena ley se atrevería a despojar de sus limosnas al pobre Sam. Pero, aun así, de vez en cuando, algún vecino lo vigila con su fusil. Sobre todo, después del atraco al Banco Rural, la gente se ha vuelto muy desconfiada.

Volvieron a caminar ambos en silencio. Las luces de Marfolk estaban más cercanas, y ahora se advertían ya las líneas de faroles de las calles. Sam repitió a Jim Latter lo que ya le había dicho antes de partir:

—Mira, hijo, yo ahora recogeré mi dinero, y me marcharé por algunas semanas. No quisiera hacerlo sabiendo que tú yaces muerto ahí abajo. ¿Por qué no vuelves a Ciudad de Plata? Maxwell no ha venido a matarte a mi choza por respeto a mí, estoy seguro, porque, aunque es una auténtica fiera, tiene la nobleza de algunos animales de la selva. Pero estará con cien ojos y cien manos esperando que te atrevas a entrar en Marfolk. Esta vez te arrancará a tiras la piel, antes de destrozarte la cara a balazos. Maxwell es de los que no perdonan, hijo. Vuelve atrás.

Se habían detenido, y el viejo Sam tenía ambas manos colocadas sobre los hombros de Jim. Éste miraba la hierba de la pradera con la cabeza baja. No obstante, cuando respondió con voz sorda, había en su acento una singular obstinación.

—Volveré a Marfolk, Sam, porque lo prometí a un hombre a quien no sé si he matado. Y porque me lo ha pedido con los ojos una mujer que está indefensa. Volveré a Marfolk, aunque no salga más de allí. Aunque me deje en el rostro de Fred Maxwell todos los huesos de mi mano izquierda.

Respiró hondo el ciego. Había en su acento una gran pena, una gran conmiseración.

—Nunca he sabido convencer a un hombre terco, y tú lo eres. Pero debes recordar que aún no puedes pelear con tu mano derecha y que no llevas armas al cinto.

—Judith me espera esta noche con dos revólveres. Una vez los tenga en las fundas, ya no temo a nadie. Aunque el diablo se presentara ante mí vestido de pistolero, sería bien recibido. Y por otra parte, el plan consiste en salir de la población sin que Maxwell lo advierta. Judith me lo ha pedido así en la nota que me ha

enviado esta mañana por medio de Lewis. Pero yo casi deseo encontrarlo. O mejor dicho, lo deseo con todo mi corazón.

El viejo bajó la cabeza, apesadumbrado, y ambos echaron a andar de nuevo. No dijeron una palabra más hasta llegar a las primeras casas de Marfolk. Ya casi dentro del radio de luz de los primeros faroles de petróleo, Jim y el viejo se detuvieron uno frente al otro.

—Quiero entrar solo, Sam. Si hay refriega, no debe usted estar cerca.

—Yo quiero que no la haya, hijo.

Se estrecharon las manos. Jim le miró bien, miró sus facciones nobles, sus ojos de niño. Y de repente se echó en sus brazos, y le abrazó a su vez con toda su fuerza.

—Adiós, Sam. Lamento no haberle conocido antes. Lo lamento con toda mi alma.

Notó que había humedad en los ojos del viejo. Se apartó un poco de él.

—Si alguna vez llegase a necesitar algo de mí, si alguien le hiciera daño…

—Nadie se atreverá a hacer daño a un ciego pacífico, nada temas. Pero, mira, Jim, yo jamás he tenido un hijo, ni lo tendré. Y siempre he pensado que alguien a quien yo hubiera tomado afecto debía recibir de mis manos este viejo reloj que me dejó mi padre. Míralo, es de oro macizo —y extrajo del más recóndito rincón de su chaleco un gran reloj de tapa que, efectivamente, debía de ser de gran valor—. Quiero que sea para ti, Jim. Tómalo.

El joven lo rechazó suavemente, estrechando la mano de Sam, que se lo tendía.

—Consérvelo. Algún día no lejano volveré a Marfolk y lo recogeré de sus manos. Guárdelo para entonces, Sam. Para cuando en mi vida no haya peligro, y usted pueda acompañarme.

El ciego lo guardó. Estrechaba fuertemente la mano de Jim Latter.

—Lo conservaré para ti, Jim, y algún día podré dártelo. No me desprenderé de él por nada del mundo. Si alguna vez lo ves en manos de otro, piensa que yo he muerto.

—Gracias, Sam.

Volvieron a abrazarse, y luego Jim volvió la espalda con

rapidez. No quiso volverse a mirar al ciego, que estaba solo y quieto en medio de la pradera.

Rodeó las casas de Marfolk hasta llegar a la parte trasera del Blue Saloon. La oscuridad era allí absoluta, y nadie le había visto. A sus oídos llegaban los acordes de la música que acompañaba a la más famosa canción de Judith. Ahora los hombres estarían boquiabiertos contemplando los movimientos de la muchacha. Docenas de ojos brillarían recortando su figura. Y entre aquellos ojos estarían los de Fred Maxwell.

Reprimiendo un oscuro sentimiento de cólera se deslizó a lo largo de la fachada hasta encontrar una puertecilla que Lewis le había dicho estaría abierta. En efecto, cedió suavemente a la simple presión de su mano. Allí nacían unas escaleras que conducían a los camerinos. Ascendió por ellas sin hacer ruido, cautelosamente. La puerta correspondiente a Judith tampoco estaba cerrada.

Penetró en el camerino, dirigiéndose al biombo. Tras éste había un doble cinturón canana con dos revólveres relucientes. Se los puso con movimientos rápidos, y se sintió más seguro, más completo. Hasta entonces, la nota que Judith le había enviado por medio de Lewis iba resultando exacta en todos sus términos. Ahora sólo faltaba que ella subiese sola.

Así fue. Unos segundos más tarde, oyó pisadas en la escalera, y la puerta del camerino se abrió. Judith entró en él, resplandeciente de belleza. Estaba más hermosa, más atractiva que nunca. Era la mujer más radiante que jamás contemplaron los ojos de Jim Latter. Y en éstos hubo una expresión de asombro y de pena al recordar la promesa que había hecho a Mark, y que le obligaba a considerar a aquella mujer como un ideal imposible.

—¿Sube sola? —preguntó casi automáticamente, sin poner atención en la pregunta.

—Sí, pero hemos de darnos prisa. A Fred pudiera ocurrírsele subir.

Pasó tras el biombo, donde empezó a desvestirse. Sus prendas volaron por encima de la opaca barrera y cayeron al suelo ante los ojos de Jim. Éste se volvió de espaldas, porque no quería seguir pensando en la mujer, porque estaba sintiendo en su corazón un deseo que hasta entonces no advirtiera. Judith le rogó:

—Colóquese junto a la puerta. Así podrá oír si alguien sube.

Jim así lo hizo, pero ningún rumor sospechoso llegaba desde abajo. Minutos después, Judith abandonó el biombo vestida de amazona, tal y como Jim la viera junto a la choza de Sam.

—Lewis tendrá los caballos abajo. Vamos, pronto, Jim.

Salieron ambos, bajando las escaleras en silencio. Junto a la puertecilla posterior vieron confusamente las siluetas de dos corceles, que piafaban nerviosos. Al acercarse, advirtieron que Lewis Rod estaba con ellos.

—Hay que darse prisa —susurró el rubio—. Dentro de media hora a más tardar, Fred Maxwell se habrá dado cuenta de tu fuga, Judith, y saldrá en tu busca. Conviene que para entonces le llevéis una buena delantera.

Jim sintió entonces, con más fuerza que nunca, el peso de los revólveres en sus muslos.

—Yo eliminaré ese peligro —dijo, haciendo ademán de alejarse.

Pero Judith se pegó ansiosamente a su brazo.

—No quiero sangre, Jim. Me lo prometió usted. Olvídese de Fred y de lo que significa. Recuerde sólo que nuestra mejor arma consiste en la sorpresa, y que nunca podré huir de Marfolk si organizamos un tumulto. Tengo un contrato con el dueño del Blue Saloon. Hay amigos de Fred en cualquier esquina traidora. No debe…

—Bien, no siga hablando. No es éste el momento para discursos. Si es que debo preocuparme exclusivamente de usted, marchémonos cuanto antes de aquí.

Ayudó a montar a la muchacha, y él subió de un salto a su corcel. No era el mismo que le trajera desde Nevada, pues aquél era demasiado viejo para la huida al galope.

—Aquí tienes veinte dólares, Lewis. Paga comida y cuadra para mi caballo todo el tiempo que sea posible. Luego lo vendes a alguien que haya de tratarlo bien. No importa el precio. Sólo deseo que vaya a parar a un dueño cuidadoso.

—Así lo haré, Jim.

Al joven no le gustó la expresión de Lewis, pero era la única persona en Marfolk a quien confiar aquel encargo.

—De acuerdo. Y ahora, ¡adelante!

Emprendieron el galope, dejando rienda suelta a los impacientes caballos. Éstos volaron materialmente hacia la pradera en tinieblas, dejando muy pronto atrás las débiles luces de Marfolk.

—Si sacamos a Fred Maxwell una hora de ventaja, le será muy difícil alcanzarnos —gritó Jim.

—Así lo creo, aunque habrá que galopar día y noche. De todas formas, llevo dinero para comprar otros caballos allí donde sea posible. Éstos no resistirán la fatiga.

—Y nosotros tampoco, Judith. De vez en cuando deberá usted descansar, mientras monto guardia. Tendremos al menos veinte días de camino.

Un sombrío pensamiento pareció cruzar entonces por la mente de la muchacha.

—No necesito decirle que confío en su caballerosidad, Jim.

Él la miró a la luz de la luna que empezaba a elevarse en el horizonte, y apretó sus labios con un movimiento de rabiosa decisión.

—No pensaré en que es usted una mujer durante todo el camino. Se lo juro.

Siguieron galopando. Media hora más tarde, Jim descendió de un salto de su caballo y se arrodilló sobre la hierba, pegando su oído a la tierra como hacían los indios. Al cabo de unos minutos de intensa escucha, levantó la cabeza. Había en su rostro una expresión absorta, de intensa preocupación.

—Hay a mucha distancia caballos que nos siguen, Judith —manifestó—. Fred Maxwell se ha dado cuenta de la fuga.

Una intensa palidez cubrió las facciones de la mujer.

—¿Tan pronto? Le hice concertar una partida de naipes para después de mi número. Y cuando juega. Fred está absorto durante un par de horas por lo menos.

—Puede haberle dado alguien la noticia. ¿Cree que nos vieron?

—Estoy segura de que no.

Jim renunció a pensar. Pero una mueca de preocupación parecía haber quedado impresa para siempre en su rostro cuando volvió a montar a caballo.

—Esto nos obligaba ir más aprisa y a evitar todos los poblados. Procuraremos comprar algo de comida en ranchos aislados en los que entraré siempre yo solo.

Galoparon otra vez, pero ahora había en los ojos de Judith una expresión de desesperanza.

—Nos alcanzarán, Jim.

—Confiemos en que no. Estos corceles son rápidos.

—No tanto como parecía al principio. Observe que ya están fatigados. Empiezo a creer que Lewis hizo un mal negocio al comprarlos.

En efecto, los caballos resollaban frecuentemente, y sus patas delanteras se trababan a veces en invisibles obstáculos.

—¿Son buenos los caballos de Fred?

—Los mejores de Texas.

Siguieron galopando durante varios minutos en el más completo silencio, entregados los dos a negros pensamientos. Jim, buen conocedor de los caballos, observó pronto que Judith tenía razón, y que sus monturas no tenían fuerza, aunque por su estampa parecían de soberbia calidad.

Aguijoneó a su corcel con las espuelas, pero el noble bruto, como respuesta, aminoró su galope. Parecía completamente incapaz de correr más, a pesar de que sudaba por toda su piel y se adivinaban sus músculos tensos por el rabioso esfuerzo. Había momentos en que su respiración era angustiosa.

—No lo entiendo —dijo al fin Jim Latter—. O yo no he visto jamás un caballo o éstos son unos pura sangres capaces de llevarnos hasta Nevada en diez días. ¿Cómo es posible que flaqueen de este modo?

Durante la próxima media hora la luna se elevó por completo en el horizonte descubriendo ante sus ojos la inmensa pradera desierta. A lo lejos, frente a ellos, se divisaban las luces remotas de algún pueblecillo. A sus espaldas se percibía ya a intervalos, según la dirección del viento, el galopar de los caballos de sus perseguidores.

—Vamos a llegar a un pueblo, Judith —advirtió Jim, acercándose a la muchacha—. Lo bordearemos por el norte. Entretanto, pensaré la manera de despistar a Fred y los suyos. Mientras no salga el sol, tenemos todas las facilidades para ello.

Minuto a minuto, el redoblar de los cascos a sus espaldas se hacía más intenso. Como si toda la pradera fuese un parche de tambor, el golpear de los corceles sobre la tierra traía hasta los oídos de los dos fugitivos extrañas resonancias. Jim vio gotitas de sudor en la frente de Judith Bien. La muchacha tenía los labios enérgicamente apretados, pero el temblor de su barbilla denotaba miedo. En realidad, había un miedo espantoso en todo su ser,

aunque se esforzaba en reprimirlo. El galopar de los caballos a sus espaldas era como un siniestro tam-tam que preludiase su muerte.

De improviso, el caballo de Judith vaciló trágicamente, cayendo al suelo. Y la muchacha salió despedida por encima de su cabeza.

CAPÍTULO VII

Jim galopaba pegado a Judith y al verla caer tuvo el tiempo justo para tirar de las riendas evitando aplastarla. El caballo se desplomó sobre sus patas traseras, incapaz de seguir adelante. Jim saltó hacia su compañera.

—¡Judith! —llamó.

Había caído en buena posición, llevando las manos por delante. Pero se quejaba de un tobillo.

—Lo he apoyado en el suelo al caer. Creo que me lo he roto, Jim. Es posible que no… pueda andar.

Jim no se entretuvo en divagaciones. Aun con un tobillo roto, la muchacha podría galopar. Era necesario que así fuese, porque no podían desperdiciar ni un minuto. La levantó con ambos brazos, y la depositó sobre la silla. Ambos caballos aún estaban sentados en tierra.

—Haré que se levanten, y aún estaremos a tiempo de huir. Trate de no perder la serenidad, Judith. Nuestra situación no es tan apurada como parece.

La joven asintió con un débil movimiento de cabeza, apretando una mano contra la otra para contener su dolor.

Jim había hablado de poner en pie a los caballos, pero pronto se convenció de que eso iba a ser muy difícil, si no imposible. Los animales estaban completamente extenuados, babeando por sus entreabiertas bocas. No se trataba de una obstinación de los nobles brutos en no seguir. Era pura y simplemente caballos reventados, que parecían haber estado galopando un día entero. Jim no daba crédito a sus ojos.

—No comprendo esto, Judith. Cuando Lewis nos los dio, estos animales estaban descansados… Mordían el bocado con

impaciencia. Hemos galopado sólo dos horas, y ya están desfallecidos. Son buenos ejemplares, yo lo afirmo. Entonces, ¿cómo se explica esto? ¿Cómo diablos…?

Dominado por una súbita sospecha, Jim enderezó a su caballo levantándole el morro. Miró la cara interna de sus patas posteriores, pasando la mano sobre la piel. No tardó en descubrir lo que buscaba: una cicatriz fresca. ¡Los caballos habían sido sangrados!

Se volvió hacia la muchacha con una expresión de estupor en su rostro. Sus hombros parecían haberse hundido ante aquel inesperado mazazo. Judith le miraba con una angustiosa ansiedad.

—Alguien ha sangrado deliberadamente a estos caballos para que reventasen al cabo de unas horas de marcha. No tienen fuerzas ni para llegar a ese pueblo cercano. Creo que ha llegado el momento de cambiar nuestros planes Judith.

Los labios de ella temblaron espasmódicamente.

—Cuando vi por primera vez a ese canalla de Lewis, pensé en lo bien que estaría entre las cuatro tablas de un ataúd. Y el primer pensamiento no engaña, muchacha. Pero ¿por qué nos ha traicionado? ¿Por qué?

Sus dedos nerviosos aferraron la camisa de Judith. No se daba cuenta de lo que hacía.

—Esos hombres están apenas a dos millas de distancia. Nos atraparán si antes no nos ocultamos en algún sitio. ¿Puedes andar, Judith?

—Lo intentaré.

La muchacha puso pie a tierra, e instantáneamente se arrojó al suelo sollozando, presa de insufrible dolor. Jim la contempló a sus pies, vencida por el sufrimiento, llorando mansamente ante la convicción de su suerte irremediable. Una especie de pena sorda se adueñó de su corazón, y al inclinarse hacia ella, su voz era otra vez suave y cariñosa:

—No te preocupes por ti misma, muchacha. Tú te salvarás. Yo tengo una cuenta pendiente con Fred Maxwell, y me alegro de que el destino me dé una oportunidad. Me quemaba la espalda el huir. Vamos, apóyate en mi brazo.

Judith lo hizo, con los ojos anegados en lágrimas. Sabía por qué Lewis les había traicionado, pero no lo dijo. Tampoco Jim volvió a preguntárselo. Suavemente la colocó otra vez sobre la silla del

caballo, al que también obligó a ponerse en pie, consiguiéndolo tras algunos esfuerzos. Entonces lo tomó de la brida, y echó a andar al paso hacia el poblado cercano.

Sabía que estaban cazados. Habían caído en la ratonera, y ahora ya no habría modo de salir de ella. Pero una extraña indiferencia acababa de adueñarse de él. Casi estaba alegre por aquella oportunidad. A no ser por el llanto silencioso de la muchacha, habría oído con satisfacción el galopar incesante de los hombres de Maxwell. Acarició alternativamente los revólveres, sus dos únicos amigos en aquel momento. El pueblo estaba muy cerca, y veían ya sus calles.

Jim se dio cuenta de que era muy pequeño, y de que a aquella hora todavía había gente en el exterior de las casas.

—¿Cómo se llama este villorrio? —preguntó a Judith—. Siempre es necesario saber en qué clase de sitio va a uno a dejarse los huesos.

—Se llama Balckman, y viven unos pocos ganaderos en él. Todos son amigos de Fred Maxwell.

—Lo celebro. Así habrá quien rece por él en cuanto muera.

Judith se volvió para mirarle. A través de las lágrimas que empañaban sus ojos, Jim supo leer una mirada de admiración y de piedad al mismo tiempo. Repentinamente, miró hacia atrás.

—Están muy cerca, Jim… —susurró.

—No te importe. Buscaremos en ese pueblo alguien que te cure el tobillo. Yo aguardaré a esos tipos.

—¿No podríamos… desorientarles aún?

—Si Lewis ha sangrado los caballos, si ha dado la voz de alarma a la media hora de salir nosotros de Marfolk, igualmente habrá advertido a Maxwell de la ruta que pensábamos seguir. Van sobre una buena pista, y darán con nosotros.

La muchacha calló mientras entraban en el pueblo. El galopar de los caballos perseguidores llenaba ya la pradera, y algunos hombres les contemplaron curiosamente desde los porches. Jim se dirigió a uno de ellos.

—Oiga amigo: ¿tienen médico en este pueblo?

—Yo lo soy, si es para visitar a la muchacha.

Jim no estaba para bromas, y el otro lo advirtió inmediatamente al ver la luz siniestra de sus ojos.

—Bueno, no se ofenda, amigo. Cualquiera puede decir una inconveniencia. Ahí enfrente vive un tipo que cura a toda clase de personas y animales.

Jim se volvió hacia su compañera.

—Voy a dejarte donde indica ese hombre, Judith. No te muevas, ocurra lo que ocurra. Ni, aunque yo muera debes moverte de allí. Tal vez Fred Maxwell no esté en condiciones de buscarte.

Ambos, asidos del brazo, cruzaron silenciosamente la calle. Parecían en aquel momento dos pobres seres desamparados que se ayudasen mutuamente. Judith contenía un gemido a cada nuevo paso. Llegaron al porche frontero, mas no pudieron entrar en la casa. Jim divisó la masa de sus perseguidores a la entrada del pueblo. Sus labios se plegaron en una fría mueca.

Estrechó con la mano izquierda el brazo de Judith, que le miraba con los ojos anegados en llanto. Toda su serenidad de mujer acostumbrada a los lances violentos, todo el dominio que le había conferido el ambiente duro de Marfolk, se habían desvanecido ante la tensión angustiosa de aquel momento. Jim Latter descendió lentamente el escalón del porche, y fue hacia el centro de la calle. Sus movimientos eran tranquilos, pausados, como si no tuviese nervios. Con las piernas entreabiertas se situó en medio de la calzada. Hubo en ésta un movimiento general de sorpresa, y los hombres empezaron a retirarse cautelosamente al interior de los porches. Las manos de Jim oscilaron un momento en el aire; luego, se detuvieron a la altura de sus revólveres.

Los hombres de Maxwell le habían visto desde la entrada del pueblo. Habían visto aquel hombre solo, erguido y desafiante en el centro del camino que habían de seguir. Habían visto incluso la mano vendada del enemigo que tenían enfrente. Detuvieron el galope de sus caballos y avanzaron al paso, desplegados en abanico, con Fred Maxwell en el centro. Eran siete.

Los caballos entraron en la zona de luz, ocupando toda la anchura de la calzada. Avanzaron como una ola hacia el hombre solitario, hacia el único hombre que se oponía a su paso. Fred Maxwell iba delante. Iba luciendo su ancho pecho bajo la camisa abierta, expuesto al primer balazo que le dedicase Latter. Su adornado sombrero mexicano estaba caído sobre su nuca, descubriendo el rostro retador y los ojos burlones. No había en ellos

el menor asomo de miedo. No parecía importarle la mano izquierda de Jim, capaz de enviarle al infierno con un solo movimiento. Sus hombres se habían retirado instintivamente tres a cada lado dejando solo a su jefe. Judith miraba la escena con ojos fascinados. Jim mantenía en sus labios aquella sonrisa que los plegaba de un modo casi cruel, indiferente, a todo. Sus manos seguían quietas a la altura de las fundas.

Fred detuvo su caballo a once pasos de él, sin haber hecho ademán de sacar sus armas.

—¿Quieres despedirte de la muchacha, Jim? —preguntó, mostrándole sus dientes.

El joven sabía que no podía mirar a siete hombres al mismo tiempo. Le bastaría contestar a Fred para distraerse y ser acribillado. Pero no podía elegir. Él mismo había buscado aquella situación, y no se quejaba de ella. Tendrían que darle en la cabeza al primer balazo para evitar que él moviese su izquierda y reventase a Maxwell. Y aquella seguridad era suficiente para él.

—Más vale que te despidas tú, Maxwell. La has amado más tiempo.

Rechinaron los dientes del sureño.

—¿Quiere decir eso que tú la amas, rufián?

La sonrisa de Jim se hizo más insultante, más ancha.

—Desde que la vi en Marfolk. Y desde que te vi a ti la amé todavía más, porque pensé que no me gustaría ver una flor mordida por un perro.

Fue fulgurante el movimiento a la derecha de Jim, en el más alejado de los caballos. La izquierda del acorralado se movió, y los dos disparos sonaron simultáneamente. El mexicano que había intentado acribillarle se llevó ambas manos al vientre, junto al borde de la silla, y cayó lentamente del caballo. El revólver rebotó en el polvo. Fred Maxwell, con la misma velocidad, había desenfundado también, y por unos segundos, Jim estuvo a merced de su arma. Pero el sureño no disparó. Al contrario, con su revólver trazó un movimiento de abanico hacia sus hombres.

—Si alguien más hace fuego, lo despacharé yo mismo —rugió—. Quiero a ese hombre para mí solo.

Jim había oído hablar de la noble brutalidad de aquel hombre, pero nunca hubiese imaginado que llegase a aquel extremo. Admiró

por un lado su sangre fría al no disparar sobre él cuando lo tuvo a su merced, pero no dejó de darse cuenta, por otro, de que Maxwell quería torturarle con sus puños, quería acabar con él destrozándole los huesos ante los ojos de Judith, haciendo más cruel una muerte que ya nadie podía evitar. Sus labios se pusieron rígidos.

Fred saltó del caballo, arrojando su arma al suelo. Una muchacha rezagada pasó entre los dos, resbalando, y corrió a refugiarse en uno de los porches.

El rebote de aquella segunda arma sobre el polvo pareció ser la señal para que los dos hombres se acometieran a la vez. Jim lanzó su revólver al aire, hacia su espalda, y levantó la rodilla izquierda para recibir a su enemigo. Maxwell sufrió el golpe en el estómago y fue rechazado hacia atrás, doblándose con un gemido.

No tuvo tiempo de recobrar el equilibrio. Jim saltó sobre él y asentó la pierna derecha en el suelo, entre las de su enemigo, buscando una base firme para su tarea demoledora. Sus dos puños fueron directos al mentón de Maxwell, en un alucinante «uno-dos» que hizo crujir sus huesos. La izquierda bajó instantáneamente, abatiéndose sobre un ojo del sureño; la derecha golpeó de canto, y la izquierda volvió a rasgar el aire, de lado a lado del rostro de Maxwell, llevándose una ceja. Una mancha roja apareció en el rostro de Fred, que se desplomó con una mueca de indecible asombro.

Jim dio entonces otro salto. Éste más medido, más exacto si cabe que el anterior. Sus dos botas cayeron a un tiempo sobre la cara de Maxwell, y las dos espuelas zigzaguearon sobre su piel, abriendo un espantoso surco desde la sien a los labios.

Sabía que Fred iba a dar la orden de fuego, y sólo le preocupaba marcarle del modo más terrible. No habría piedad por su parte, ni la tregua más mínima en aquella pelea que el mismo Maxwell había planeado. Durante unos segundos pensó en clavar la espuela, de un seco taconazo, en la cabeza de su enemigo, perforándole el cráneo, pero no quiso.

Por el contrario, le dejó levantar.

El hombre que se lanzó contra él por segunda vez no era Fred Maxwell. Era una masa rugiente que movía sus puños como un molinete y lanzaba salvajes puntapiés al aire. Jim, al principio, lo

había confiado todo a su acometividad; ahora comprendió que había llegado el momento de ser sereno y cauteloso. Esquivó de un salto la embestida de su enemigo, y cambió de frente. Fred se volvió acercándose a él con las manos crispadas. Jim adelantó una pierna, simulando ir a saltar, retrocedió violentamente, y vio venir a su enemigo sobre él, perdido el equilibrio. El gancho de izquierda fulminó a Maxwell, enviándole contra el porche.

Un solo pensamiento cruzó entonces por la mente de Jim Latter: era extraño que aquel hombre no hubiese dado todavía la voz de fuego.

Se acercó con pasos lentos a Fred, que se incorporaba penosamente sobre los brazos. Dio la espalda a los caballos y una fría sensación de muerte le recorrió la espina dorsal. Pero nadie disparó contra él. Cuando Maxwell se puso en pie, vio que llevaba un cuchillo en las manos.

Había llegado el momento decisivo. Todavía tenía un revólver, y dudó si utilizarlo o no.

—¿Ya no te atreves a atacarme con las manos, Maxwell? ¿Es que te duelen de tanto golpear al aire?

Los ojos del sureño le miraban a través del gotear de la sangre. Hizo oscilar su cuchillo de un lado a otro, sin lanzarse al ataque. Su voz era extrañamente fría cuando ordenó:

—Un cuchillo para ese hombre. Un cuchillo igual que el mío.

Uno de los hermanos Baxter lo extrajo del cinto, haciéndolo voltear por el aire. Cayó junto a los pies de Jim, y entonces Fred atacó, antes de que aquél hubiese podido recogerlo.

La primera cuchillada buscó directamente el vientre de su enemigo, para dejarle sin vida al primer golpe. Jim se echó hacia atrás, y puso el pie sobre la hoja de acero que estaba en el suelo. Su brazo izquierdo sujetó la mano armada de Maxwell, a quien volteó por encima de sus hombros.

La científica presa fue suficiente para derrumbar al sureño de nuevo, en medio de un rumor general de asombro, que partía a la vez de todos los porches de la calle. Jim recogió su cuchillo.

La pelea, hasta el momento, había sido de una velocidad fulgurante, y aunque las heridas de Fred Maxwell eran aparatosas, no estaba vencido en modo alguno. Pasado el efecto de los golpes, se dio cuenta de que no estaba ni fatigado siquiera. Y empezó a

estudiar cautelosamente a su adversario, tras levantarse de un ágil salto, dándose cuenta de que con aquel hombre no debía fiarlo todo a la acometividad, sino a la astucia.

Ambos rivales dieron dos vueltas completas a un imaginario círculo, con el cuchillo en la mano, estudiándose atentamente.

Fue Fred el primero en atacar, incapaz de contener, la rabia que le devoraba. El silencio se había palpado en el aire durante unos segundos: tan intenso y angustioso era. De repente, un gemido de Judith rasgó la quietud. Fred se había lanzado de golpe y secamente sobre Jim, y en el primer instante pareció haberle ensartado con su arma. Sólo los dos contendientes vieron que la derecha de Jim había detenido el golpe, y que la hoja de acero solo había rasgado su camisa, arañándole la piel.

Fred trató de forzar la presa y aprovechar el impulso para hundir la hoja hasta el mango, pero la mano de Jim parecía hecha de acero, y resistió sin vacilar la presión. Entretanto, sus ojos le miraban imperturbables y fríos, como si no fuese él quien vivía aquella escena.

Casi al mismo tiempo, ambos enemigos saltaron hacia atrás. Todos vieron entonces la sangre en el pecho de Jim Latter. Cautelosamente, acechando el menor descuido, empezaron a dar vueltas uno alrededor de otro. Y ahora fue Jim quien atacó.

Se echó hacia atrás, obligando a adelantar instintivamente un paso a su enemigo, y entonces se lanzó sobre él. Su cuchillo hendió el aire y abrió de lado a lado la mandíbula de Maxwell, trazando bajo la verdadera una segunda boca. Judith gritó nuevamente, y ahora su grito fue acompañado por un alarido de Fred.

Los dos hombres volvían a estar separados unos cinco pasos. Jim, con los ojos clavados en su antagonista, habló. Lo hizo lentamente y con una voz clara que no turbaba el menor nerviosismo.

—Yo no he buscado esta situación, Maxwell. Eres tú quien me ha perseguido hasta aquí, y hasta ahora no he hecho sino defenderme. Estamos aún a tiempo de resolver esto sin nuevas violencias, Maxwell. Vayan tus heridas por los latigazos que yo llevo marcados en la espalda. Estoy dispuesto a soltar el cuchillo, si tú quieres. No se trata de que capitules, sino de que te muestres como un hombre razonable.

El otro no contestó. La sangre seguía goteando desde su barbilla al suelo.

—¡Yo no resuelvo las situaciones con palabras, sino con hechos!

Su voz fue más bien un rugido. Con su cuchillo zigzagueando como la cola de una serpiente, se precipitó sobre Jim con todos los músculos tensos. Éste esperaba la acometida y se lanzó hacia atrás, trazando también con su acero un movimiento en zigzag. Saltó lateralmente y, apenas su pierna derecha hubo tocado el suelo, hizo palanca en ella, abalanzándose sobre Maxwell, por un costado. La hoja de acero iba dirigida al brazo, pero el sureño hizo un extraño movimiento y la punta rasgó su mejilla. Se separaron nuevamente con las piernas flexionadas, a punto de saltar.

Ahora todo el rostro de Fred no era sino una masa sangrante, con un ojo completamente cegado. Pero entre las heridas el otro seguía mirando a Jim desafiante y peligroso.

Jugándose todo, Maxwell se volvió a lanzar. Su cuchillo fue de abajo arriba, en forma de gancho, buscando ensartar a su enemigo por debajo de la mandíbula. Jim tuvo que echar la cabeza hacia atrás, y la hoja de acero relampagueó ante sus ojos. Dobló las rodillas, asiendo, el mango con las dos manos y adelantándolo a un paso de su cuerpo. Sabía que Maxwell iría por sí mismo a ensartarse en él, y así sucedió. Llevado por su propio empuje, el sureño cayó sobre el acero, que penetró por entero en su cuerpo. Su propio cuchillo se clavó en el hombro de Jim, pero débilmente.

Fred retrocedió, mientras Jim soltaba su arma. Y todos pudieron ver entonces el cuchillo clavado hasta el mango en el gigantesco cuerpo del sureño. Sus piernas se doblaron lentamente, cayó de rodillas, y con ambas manos se arrancó violentamente la hoja, mirándola con ojos llameantes.

Todos sus hombres habían desenfundado los revólveres y apuntaban a Jim. Éste, en el centro de la calle, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, les contempló uno a uno: los dos hermanos Baxter, que tenían una cuenta con él; el mexicano compañero del que matara unos minutos antes, y que le miraba desde lo alto de su caballo con ojillos rencorosos; dos hombres barbudos, que debían de pertenecer a la escolta de Maxwell, y cuyos revólveres le apuntaban firmemente, sin moverse una pulgada. Jim miró a sus cinco verdugos con ojos inexpresivos, con rostro casi indiferente.

Esperaba que Maxwell diese con sus últimas fuerzas la orden de tirar.

El sureño, tensando todos sus músculos en un sobrehumano impulso, se levantó. El cuchillo que acababa de arrancarse brillaba aún entre sus dedos. Se volvió a sus hombres lentamente, como una torre que girase sobre sí misma.

—¡No quiero… que matéis a ese hombre! Me ha vencido… lealmente. Dejad… le… mar… char… ¡Dejadle marchar!

Todo su cuerpo sufrió un estremecimiento, y el cuchillo resbaló de entre sus dedos. Cayó de plano al suelo, con medio rostro empotrado en el polvo. Jim se inclinó sobre él.

Con manos ansiosas le levantó la cabeza. Los ojos de Maxwell ya no miraban a ningún sitio. Tenía la boca entreabierta.

—Lo siento, Maxwell —dijo—. Hubiese querido no hacer esto.

Los dos Baxter habían descabalgado, y se aproximaban. Sin decir una palabra, recogieron el cadáver de su jefe, que depositaron sobre el caballo de uno de ellos. Jim quedó de pie, con la cabeza hundida en los hombros y los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Lentamente avanzó hacia donde estaba su revólver, y lo recogió del suelo. Judith se había acercado a él.

Los dos vieron marchar a los cinco jinetes con una extraña expresión. Jim, hundido moralmente por un abatimiento que no sabía cómo expresar, tenía los ojos entrecerrados. Judith los tenía muy abiertos y absortos, destrozada por el peso de su secreto.

Al fin, Jim se aproximó a los dos caballos sin jinete. El de Fred Maxwell y el del mexicano muerto.

CAPÍTULO VIII

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Ciudad de Plata, Jim?

La muchacha se lavaba en un arroyuelo, y había vuelto la cabeza para mirar a su amigo, que hacía lo mismo en la orilla opuesta, un poco más abajo.

—Tres días, si nuestros caballos mantienen la marcha.

—¡Tres días aún!

Jim no contestó, volviendo a hundir sus brazos en el agua limpia y fresca. Durante casi veinte días había estado haciendo lo mismo: no contestar a las preguntas y las exclamaciones de Judith.

Durante veinte días habían galopado juntos en un casi absoluto silencio, comiendo juntos en ranchos aislados, sin cambiar una palabra. Durante veinte noches habían dormido separados por unas seis o siete yardas de maleza, sin hacer el menor comentario sobre lo que uno u otro pudiera pensar. Ahora estaban ya en territorio de Nevada, a tres días de marcha de Ciudad de Plata, y ambos parecían dispuestos a mantener aquella actitud casi recelosa. Judith contempló en silencio al bien formado tronco de Jim, mientras éste se lavaba.

—Tienes la mano casi curada —comentó, por decir algo—. Ha desaparecido casi la hinchazón.

—Sí.

El hombre se enderezó y se puso la camisa. Judith empezó a arreglar sus cabellos, sin dejar de mirarle.

—Hace veinte días que quiero preguntarte una cosa —dijo.

—Habla.

—Fred te preguntó si me amabas. ¿Por qué le contestaste aquello?

—Y tú, ¿por qué me preguntas eso?

El tono casi desabrido de Jim hizo callar a la muchacha.

—Perdóname —dijo él, transcurridos unos instantes—. No quisiera haber sido brusco contigo.

—Tu única brusquedad consiste en tu silencio, Jim. Hemos corrido muchas aventuras desde que salimos de Marfolk, y todavía seguimos siendo dos extraños. Ni siquiera te has preocupado por saber qué es lo que pienso yo de todo esto. Me llevas a Ciudad de Plata, y en paz. Pareces no inquietarte por otra cosa.

Jim saltó ágilmente de un lado a otro del arroyuelo.

—Ésa es la palabra que di. Llevarte a Ciudad de Plata.

—¿Y entregarme a Mark Peters?

—Si está vivo, sí.

Brillaron esperanzados, aun en contra de su voluntad, los ojos de Judith. Y entonces adivinó Jim por primera vez que ella deseaba la muerte de Mark Peters. Que había en el corazón de la muchacha una devoradora pena mantenida en secreto durante veinte días y veinte noches, pero que ahora parecía a punto de desbordarse. Se acercó un poco a ella, mirándola fijamente.

—Si no he hablado ni te he hecho preguntas, Judith, ha sido porque tú no me invitabas a ello. Has estado muy inquieta y trastornada durante días enteros, y yo entiendo que cuando una persona se halla en esas condiciones, hay que dejarla en paz.

—No estaba inquieta por lo que tú crees.

Judith seguía con la cabeza baja, sin mirarle. Jim recordó entonces que varias mañanas la joven se había acercado a él, para calentar el ligero desayuno, con los ojos enrojecidos y fatigados, como si no hubiese dormido en toda la noche.

—Nuestra situación es un poco extraña, Judith, y sabes que me siento atraído hacia ti. Me sería muy difícil mantener el equilibrio que he conservado hasta ahora si hablásemos de ello.

—Nunca he temido esa posibilidad.

—Entonces, si hay alguna inquietud que yo pueda ayudarte a vencer, háblame de ella.

La muchacha le miró entonces. Sus profundos ojos penetraron con fuerza hasta el fondo de los del hombre.

—No me lleves a Ciudad de Plata, Jim.

Ahora fue Latter quien bajó la cabeza. Aquel deseo que había traslucido durante los últimos días en la actitud de Judith, pero de

una forma imprecisa, como si ella deseara ocultar sus verdaderos sentimientos. En este momento, no obstante, su acento era sincero, y en sus ojos había ansiedad. Jim levantó la cabeza para mirarla de nuevo.

—Tendrás algún motivo para pedir eso, Judith. ¿Es que ya no amas a Mark Peters?

—No le he amado nunca, Jim. No sé cómo podré hacerte comprender eso. Mark me impresionó. Me prometió sacarme de allí, del maldito lugar donde habían asesinado a mi padre. Lo mío fue una tontería propia de una cándida muchacha, Jim. Porque, aunque las apariencias me presenten como una mujer peligrosa, yo no soy sino una jovenzuela carente de toda experiencia. Me dejé impresionar por un hombre como Mark, que parecía capaz de todo. Pero sin dejar de darme cuenta de que jamás podría amar a un hombre así.

—¿Dices que parecía capaz de todo? ¿Y por qué te abandonó?

Judith bajó los ojos.

—Sobre este asunto no me gusta hablar, Jim.

Él arrancó furiosamente unas briznas de hierba, y las estrujó entre sus dedos.

—Si no hemos de hablar de eso, más vale que no hablemos de nada, Judith. Siempre he tenido la sensación de que guardabas un secreto.

—¿Y pretendes que te lo releve?

—Ése es asunto tuyo. Pero si deseas que te ayude, más vale que hables claro de una vez.

Poniéndose en pie, ella se alejó unos pasos. Su talle se mecía dulcemente al caminar, como una invitación.

—Eres muy hermosa, Judith.

—¿Aunque guarde secretos?

Jim crispó las manos. No le gustaba aquella situación, no podría soportarla.

—¡Aunque guardes tantos secretos como el infierno! ¡Es preciso que te lo diga de una vez, Judith! Estoy loco por ti desde el momento que te vi. He pensado en ello día y noche, hasta convencerme de que acabaría hablando solo si te veía alguna vez en brazos de Mark Peters. He deseado incluso que él estuviese muerto para poder decirte sin obstáculos todo lo que sentía, pero no lo

estará. Sé que Mark Peters vive.

Jim se había puesto en pie y miraba a la joven con ojos intensos, con los ojos más fieros y a un tiempo más dulces que Judith viera jamás. Se acercaron los dos, instintivamente.

—Sí. Mark vive, Jim. Por eso te he pedido que no me lleves a Ciudad de Plata.

Estaba tan cerca, que él percibía su cálido aliento. Sus ojos no contenían una súplica, sino un mandato, una orden que Jim no podía desobedecer.

—Olvidemos esto de una vez. —El acento de Judith era ansioso —. Olvidemos por qué nos conocimos y lo que tú y yo hemos tenido que hacer para llegar hasta aquí. Como si nos hubiésemos conocido siempre, Jim. Desde niños. Busquemos una tierra; Vayamos a algún sitio donde nos sea posible vivir juntos los dos. Es cuanto te pido. Desvía un poco las riendas de tu caballo. Eso no ha de ser difícil para un hombre como tú.

Él la miró, vio sus ojos muy cerca de los suyos, y sintió la atracción obsesionante de sus labios. Pero supo vencerse. Supo echar a tiempo la cabeza hacia atrás y apretar los dientes con rabiosa decisión. Había hecho una promesa.

—Hice una promesa —dijo en voz baja, como si se repitiese todo aquello a sí mismo—. Prometí a Mark Peters que te llevaría a Ciudad de Plata, y lo haré aunque luego me arrepienta cien veces. No hablemos más de ello.

Judith se apartó un paso de él, hundidos los hombros, vencida. Habló con voz silbante y baja:

—Lo siento, Jim. En efecto, te arrepentirás cien veces. Te he dado una oportunidad, y me la he dado a mí misma, para olvidar todo esto, para poder respirar aire puro tú y yo. No la has aceptado. Bien… Ojalá no lleguemos nunca a Ciudad de Plata. Ojalá ocurra algo en el camino. Vigílame bien.

* * *

Sin embargo, pese a los vehementes deseos en contrario de Judith, llegaron a Ciudad de Plata.

Los tres días que restaban fueron de una insoportable tensión nerviosa para Jim. Sabía que Judith intentaría huir y durante las noches no podía conciliar el sueño. No le importaba que Mark se

quedase sin ella, ni aun en cierto modo le importaba perderla a él, pero no estaba dispuesto a consentir que la muchacha vagase sola por un territorio como Nevada, poblado de truhanes y pisado por todos los golfos y asesinos del Este y del Oeste. Por eso vigilaba atentamente sus movimientos y la observaba cuando ella estaba distraída. Judith se daba cuenta de la vigilancia de que era objeto, pero no hizo en los tres días el menor comentario sobre ello.

Avistaron Ciudad de Plata al anochecer. Los dos montículos entre los que estaba enclavada relucían con mil luces multicolores, como las montañas encantadas en que sueñan los niños. Pero Jim sabía que detrás de cada una de aquellas luces había una cueva, una tienda de campaña o un tugurio, y los ojos de un niño que sueña. Encajó bien sus dos revólveres en las fundas, y deteniendo su caballo en la cima de la última colina que había que vencer para llegar a la ciudad, extendió el brazo mostrándosela a Judith.

—Ciudad de Plata —anunció.

La muchacha la contempló en silencio unos instantes. Sus ojos se empequeñecieron y su boca se crispó en un rictus que parecía doloroso.

—Un lugar al lado del cual Marfolk es un paraíso, según me han explicado —dijo por todo comentario—. Y ambos hemos estado a punto de perder la piel para llegar hasta aquí. No deja de ser cómico.

—Más vale que no pensemos en eso ahora, Judith. ¿Quieres que entremos en la ciudad esta noche?

—Tú mandas, ¿no es eso? ¿No fuiste tú quien prometió traerme aquí como los ganaderos prometen llevar ganado desde Texas a Missouri?

Jim no contestó. Hizo avanzar unos pasos a su caballo.

—Creo más aconsejable que entremos esta noche, Judith. Te buscaré un hotel decente para que puedas descansar. Mañana veremos qué es lo que se hace con Mark Peters.

—¡No hay más que una cosa que hacer, Jim, y tú sabes cuál es! ¡No tienes imaginación para encontrar otra salida! ¡Por lo visto, tus promesas son la única ley en todo el Estado de Nevada!

Él se volvió, mirándola con sus fríos ojos grises.

—Así es, Judith. Para mí, mis promesas son mi única ley.

Espoleó su caballo, y la muchacha tuvo que seguirle de buen o

mal grado. En los alrededores de la ciudad había multitud de tiendas de campaña, carromatos y hogueras, pero nadie se fijó detenidamente en ellos, a pesar de que un par de individuos que vieron de frente a Judith tuvieron que frotarse los ojos.

La ciudad hervía de animación, y Jim entró en ella echándose el sombrero sobre la cara, para evitar en lo posible que se le reconociese. Judith pegó su caballo al de él, y así avanzaron al trote largo entre las miradas curiosas de los paseantes, ninguno de los cuales acertó a identificar a Jim. Éste descabalgó frente al mejor hotel, y se dirigió rectamente hacia el conserje.

—Quiero dos habitaciones —manifestó—. Las dos en el mismo piso, sin comunicación, pero no demasiado lejos una de otra.

—No las hay. Precisamente ahora…

De pronto, el conserje pareció fijarse mejor en él.

—¡Caramba! ¡Para usted sí las hay! Pero si usted es el tipo que se las entendió con Peters. ¿Qué ha vuelto a traerle por aquí, diablo de hombre? ¿Quiere que le maten?

Jim se acarició la frente con indiferencia, pero en realidad todos sus nervios estaban en tensión.

—¿Qué tal está mi amigo Mark Peters? —inquirió.

—¡Hum! Mejor de lo que a primera vista parecía posible. Hace ya quince días que vive como si nada hubiera ocurrido. Si quiere verle, es posible que esté en el saloon de Ridgway.

Jim tuvo un estremecimiento que apenas supo dominar. De modo que Mark vivía. Contempló a Judith, en la calle, junto a los caballos.

—Entra —dijo, avanzando unos pasos hacia ella—. He encargado dos habitaciones y puedes escoger la que más te guste. Yo volveré en seguida.

Se alejó calle abajo, seguido por la mirada temerosa de la joven. Judith, con un presentimiento que le mordía el pecho, entró en el hotel y se dejó caer en una silla. Un monumental reloj de carillón daba en aquel momento las once de la noche.

Jim Latter avanzó rectamente hacia el saloon de Ridgway, que ya conocía. Nada en Ciudad de Plata había cambiado en los dos meses de su ausencia. Caras siempre renovadas, garitos y revólveres bien engrasados en los cintos. Revólveres como los que llevaría Peters.

No sabía qué iba a decirle cuando le encontrase. Todo era posible. Le diría: «He cumplido mi promesa» y se alejaría rápidamente de allí o le destrozaría las mandíbulas a golpes. Todo dependía de su impulso, de lo que viera en los ojos de Mark. Por eso, cuando empujó las puertas del Ridgway, sus facciones estaban tensas y sus pupilas más grises y amenazadoras que nunca.

Pero la primera persona a quien encontró en el saloon no fue a Mark Peters. La primera persona con quien estuvo a punto de tropezar fue un tipo rubio, de piel blanca, que le miraba con ojos atónitos.

Aquel tipo era Lewis.

Capítulo IX

—¡Vaya! ¡Pero si es mi viejo amigo Jim Latter, el forastero más peligroso de Texas! ¡De modo que has llegado a Ciudad de Plata! Vamos, entra y beberemos unas copas. Que un tipo se ría de Fred Maxwell y acabe con la piel entera, no ocurre todos los días.

Jim entró. Hizo balancear las puertas a su espalda. Sus manos bajaron suavemente hasta su cintura, presagiando tormenta.

—Cualquiera diría que no te alegras de verme, Jim. ¿Es que te machacaron la boca y no puedes reír? Bueno, creo que no tienes contra mí ningún motivo de enfado.

Un puño salió violentamente disparado contra sus dientes. Lewis lanzó un grito de sorpresa y de dolor, y cayó hacia atrás pesadamente.

—¡Maldito perro!

Fue a sacar su revólver, pero el movimiento de Jim fue mucho más rápido.

—Ya conocen mi pulso en Ciudad de Plata, Lewis. Tu piel no vale ahora ni un centavo. Levántate con los brazos en alto, si quieres seguir viviendo.

El rubio lo hizo, apoyándose en una mano. Sus ojos llameaban, pero en ellos había miedo, un incontenible y aniquilador sentimiento de miedo.

—Me has pegado sin saber yo por qué, Jim. ¿Qué te he hecho?

Su acento plañidero no convenció al joven, que buscó a sus espaldas el tranquilizador contacto de la barra. Mientras tanto, todos los concurrentes al saloon se habían apartado, dejando una «zona negra» por donde las balas pudiesen silbar a su gusto.

—¿Dónde te enseñaron a sangrar un caballo, Lewis?

Los ojos del interpelado mostraron una absoluta perplejidad.

—¿Sangrar caballos? ¿De qué me estás hablando?

—De los que nos procuraste en Marfolk. No pudieron correr más allá de veinte millas.

—¿Y yo qué sé de eso? Yo adquirí los mejores caballos que pude encontrar. Eso es todo. Si luego corrieron o no, ¿a mí qué me preguntas?

—Te pregunto también quién avisó a Maxwell que acabábamos de huir.

Otra vez los ojos de Lewis mostraron sorpresa.

—¿Maxwell? Subió en seguida al camerino de Judith. Por eso se enteró.

—Y eso le bastó para saber exactamente la dirección en que habíamos huido, ¿no es cierto?

Como un rayo, se abalanzó sobre Lewis, asiéndole con las dos manos por la camisa y levantándole casi a plomo.

—Pudo imaginarlo —gimió éste—. Seguíais la ruta normal hacia Nevada. ¿Qué puedo yo decirte?

—¡La verdad! Y la primera verdad de todas es que no hay rutas en la pradera, y que Maxwell no hubiese sabido dar con nosotros de no haberle advertido alguien.

La mano derecha de Lewis se movió unas pulgadas hacia abajo. Jim lanzó a su enemigo contra uno de las mesas, con toda su fuerza, mientras se arrojaba al suelo. El revólver centelleó en la mano de Lewis, y la bala fue a hacer añicos uno de los espejos.

Jim no esperó a que su enemigo disparase por segunda vez. Aprovechando su momentáneo desconcierto, pues había caído arrastrando unas sillas, se abalanzó sobre él, torciéndole la mano con que sujetaba el revólver. Los ojos de Lewis traslucieron un cobarde terror, cuando sus dedos exangües tuvieron que soltar el arma.

—Vas a decirme todo lo que sabes, amigo. Vas a decírmelo, o el color de tus cabellos será rojo dentro de unos minutos. ¡Habla o te desharé la cara!

Lo volvió a levantar a plomo, y lo dejó caer de repente, para propinarle con la mano derecha un terrible gancho al mentón. Con un aullido de dolor, Lewis cayó rodando sobre las tablas del suelo.

Tampoco esta vez pudo levantarse por sí solo. Jim le sujetó por ambas piernas, y haciendo molinete con él, lo proyectó

violentamente, de cabeza, contra la base del mostrador. El aullido de Lewis fue esta vez más largo y angustioso.

—¡Habla o esto continuará mientras te quede un pedazo de lengua! ¿Qué tenías que ver con Fred Maxwell? ¿Por qué preparaste nuestra muerte?

Lewis, a gatas, trató de huir, aunque todavía le quedaba un revólver. Casi arrastrándose intentó ganar la puerta, limpiándose con la manga su boca ensangrentada. Jim le sujetó por la espalda, haciéndole levantarse, y de dos ganchos cruzados lo envió contra el mostrador, casi sin sentido.

Algo cayó entonces al suelo, desde uno de los bolsillos del chaleco de Lewis. Algo brillante como una gran moneda recién acuñada. Rodó lenta y ceremoniosamente sobre las tablas, y fue a posarse en el centro exacto del espacio que mediaba entre los dos hombres, despidiendo desde allí un dorado mensaje de luz. Los ojos de Jim Latter refulgieron al reconocerlo.

Aquel «algo» era el gran reloj de oro del viejo Sam, aquella pieza única que el ciego prometió guardar para él, y de la que juró no separarse si no era después de muerto.

Lewis vio en los ojos de Jim una expresión que le hizo comprender que era hombre perdido. Hasta aquel instante, había habido desprecio en la mirada del joven, pero ahora se mostró en ella algo más. Un odio sin nombre contempló a Lewis a través de aquellos ojos. Las manos de Jim se cerraron y abrieron varias veces, tanteando el aire.

—¿Dónde conseguiste esto, Lewis?

La calma con que había sido hecha aquella pregunta era ominosa.

—Lo… lo compré. Lo compré a aquel ciego en Marfolk, lo juro. Me lo vendió por cien dólares.

—¿Te lo vendió… por cien dólares?

Dando un paso al frente, Jim se inclinó para recoger el reloj. Antes de tocarlo vio en él las iniciales de Sam, comprobó perfectamente que era el mismo que un día tuviera entre sus manos. Vio también algo más: un movimiento fugaz tras él, junto a la barra.

Lewis había «sacado», y trató de hacer fuego. Lo consiguió, pero cuando ya Jim había caído encima del reloj. La bala se clavó en la

madera, entre sus piernas. Ni Lewis había sido nunca buen tirador ni había tenido jamás la serenidad suficiente para apuntar a un hombre que pudiera defenderse. Vio dos revólveres que le apuntaban, y se encogió instintivamente, tirando al azar. Las dos armas de Jim crepitaron al mismo tiempo. Una arriba, otra abajo, según la vieja técnica de Peters. Lewis se encogió en extraña postura, soltando su arma. Y entonces recibió el tercer balazo, en el centro geométrico de la frente.

Jim se levantó, recogiendo del suelo el viejo reloj de oro.

—Sáquelo —dijo al encargado de la barra, mostrándole el cuerpo de Lewis—. Yo pagaré el entierro.

—¡Hum! Puede pagárselo él mismo. Trajo de Texas más dinero del que podía gastar en diez años. Mañana mismo iba a largarse a San Francisco.

—¿Trajo mucho dinero?

Un grupo de curiosos se había ido formando alrededor de Jim.

—Yo le vi apostar anoche quinientos dólares a una carta —declaró un tipo grasiento, con aspecto de tahúr—. Y perderlos con una sonrisa.

—Entre él y Mark Peters habían alquilado la diligencia para los dos solos —apuntó otro—. Ha dicho bien el de la barra: pensaba marchar hacia la costa.

Una expresión de perplejidad apareció entonces en las facciones de Jim. Sus ojos se desprendieron del cadáver para vagar por encima de los rostros que le circundaban. En todos vio la misma malsana curiosidad, la misma admiración podrida. Ni rastro de Mark Peters. Sintió en su bolsillo el peso del reloj, y aquello le hizo tomar una decisión.

—He dicho que pagaré yo el entierro —repitió—. Y tal vez más de uno.

Salió precipitadamente del saloon, dirigiéndose al hotel en que había de hospedarse con Judith. Entró sin llamar en la habitación de ésta, sorprendiéndola en el momento en que se peinaba después de lavarse.

—¡Jim! ¿Qué haces aquí? Nada te da derecho…

Él se apoyó en la puerta. Había algo en sus ojos que no gustó a Judith Bien.

—¿Qué estás pensando, Jim? ¿Qué… ha ocurrido?

—Acabo de matar a Lewis Rod.

Judith se puso en pie, tensos todos sus músculos.

—¿Qué hacía… aquí?

—Eso has de saberlo tú mejor que yo.

Jim vio cómo las facciones de Judith se cubrían de mortal palidez. Cómo la tensión de sus músculos se aflojaba, y todo su cuerpo desfallecía. Su barbilla tembló, sin que de sus labios surgiera el menor sonido.

—Varias veces te he dicho que guardabas un secreto, Judith. Tú misma lo has reconocido, al negarte a contestar a algunas preguntas. ¡Ahora sé que ese secreto está relacionado con Lewis y Mark Peters! ¡Y tú me lo vas a explicar!

Se acercó a ella, asiéndola por los brazos.

—¡Habla, Judith! ¡Esta vez no estoy dispuesto a contentarme con respuestas vagas o con frases imprecisas! Lewis se quedó en Marfolk porque tenía que hacer algo allí. Algo relacionado con Sam, el ciego. ¡Habla!

—¡No tengo nada que decirte, Jim! —Los ojos de la muchacha reflejaban angustia—. ¡Ése es asunto muerto, y tú y yo podemos olvidarlo todo! ¡Te pedí que no viniésemos a Ciudad de Plata!

—Ese asunto que tú llamas muerto y digno de olvido, ha costado la piel a un pobre ciego como Sam.

Los ojos de Judith cambiaron instantáneamente de expresión. Los músculos de sus brazos volvieron a tensarse entre las manos de Jim Latter.

—¿De modo que Lewis, ese perro, mató al viejo Sam?

—Este reloj lo prueba. —Y lo mostró—. ¡Mató a un pobre ciego como Sam para robarle!

—Sí, Jim, pero no sólo el reloj. Le robó también doscientos mil dólares.

—¿Cómo? ¿Y quién diablos entregó esa fortuna a Sam?

—Estaba en el buzón donde depositaban las limosnas.

—No lo entiendo. ¿Quién la puso allí?

Judith bajó los ojos. En sus pupilas había lágrimas.

—Lo puso un cómplice de Mark. ¡Y no me hagas más preguntas!

Hubo fuego en los ojos de Jim Latter. Sus manos se dirigieron, aun en contra de su voluntad, hacia los hombros de Judith, y de repente se dio cuenta de que estaba zarandeándola.

—¡Tú hablarás, Judith! ¡Vas a explicármelo todo, y ahora! ¿Quién era el cómplice de Mark?

—¡Uno de los tres que atracaron el Banco Rural en Marfolk, Texas! ¡Marfolk, Texas! ¿Me entiendes ahora, Jim? —El acento de la muchacha era desgarrado, como si al hablar de aquello a Jim le lacerase el alma. Habría preferido cien veces que él lo descubriese por sí mismo—. ¿No te hablaron de aquel atraco? ¿No te dijeron que tres hombres se habían llevado una fortuna? ¡Pues uno de ellos era Mark! ¡Mark Peters, el hombre que querrá matarte ahora!

Jim Latter crispó sus dedos insensiblemente, haciendo chillar a Judith. Sus ojos quedaron como apagados unos momentos, sin mirar a ningún sitio.

—No acabo de comprenderlo bien, Judith. ¿Por qué introdujeron el dinero en el buzón del viejo Sam?

—Porque fueron acorralados a la salida del Banco. Era de noche, y Mark y Lewis pudieron huir, pero su cómplice, no. Quedó en una zona oscura, junto al buzón de Sam, y sabiendo que estaba perdido introdujo allí casi todos los fajos de billetes que llevaba encima. Él era quien había sacado el dinero, mientras los otros cubrían la retirada. Nadie le vio, excepto Mark. Mark comprobó minutos después que había sido cosido a balazos a los pies del buzón, donde ya se ocultaba una auténtica fortuna. Y entonces…

—Entonces decidieron robarlo, ¿no es cierto?

—Sí, decidieron robarlo. Nadie sospechaba de ellos dos, pero pronto se dieron cuenta de que no era fácil sacar el buzón de su sitio. Por otra parte, el *sheriff* tenía a Mark entre ceja y ceja. Sospechaba que era uno de los asaltantes, y quería probarlo. Mark comprendió que debía huir.

Una luz de inteligencia cruzó por los ojos de Jim.

—Y debía huir sin que nadie sospechase que lo hacía por el asalto al Banco, ¿cierto? ¡Por eso te besó frente a Maxwell, para hacer salir a éste de sus casillas, y obligarlo a que le amenazase! ¡Magnífica idea, digna del rey de los granujas! Luego sólo tenía que fingir miedo, y todos comprenderían perfectamente por qué se había marchado de Marfolk. ¡No le importó humillarte, con tal de conseguir su propósito! ¿Y tú amabas a ese hombre, Judith?

—¡No le amaba, Jim! Te lo he dicho más de una vez, y te lo repetiré siempre.

Sus manos aflojaron súbitamente la presión, soltando a la muchacha.

—No le amaba —repitió dócilmente ésta, en voz baja—. No podía amarle, Jim.

—Pero te había prometido sacarte de allí y para ti era suficiente, ¿no?

—Era suficiente. Cualquier mujer que hubiese vivido en Marfolk, rodeada por todos aquellos hombres, comprendería mi deseo. Además, Mark me explicó su plan: el asalto al Banco ya estaba hecho. Ya era tarde para lamentarlo o para volver las cosas a su estado normal. Entonces, ¿por qué no aprovechar los doscientos mil dólares? Fue inútil que yo llorase diciendo mil veces que no. Comprendí que Mark cumpliría su propósito con mi apoyo o sin él. Y que, si decidía dejarme a un lado, mi porvenir inevitable sería Fred Maxwell, un hombre que me daba miedo.

—Quizá porque era todo un hombre —susurró Jim, pensativo.

—Sea como fuere, no quiero que sigamos hablando de esto, Jim. Salgamos pronto de Ciudad de Plata. Aun, es tiempo. Mark no te atacará si no es en circunstancias muy favorables. Vayamos a California, donde habrá sitio para un hombre y una mujer más, Jim.

Pero los ojos del joven se habían vuelto tan grises que la muchacha se echó hacia atrás.

—¿Cómo pensaba Mark llevarse lo del buzón, Judith?

—Pensaba… pensaba dejar que las cosas se desarrollasen con normalidad. Él marcharía de Marfolk, dejando allí a Lewis, de quien nadie sospechaba. El viejo Sam pasaría por allí unos meses más tarde, y se llevaría el dinero.

—¿Sin asombrarse ante tal cantidad?

—Sam no lo contaba. Yo sabía eso bien, Jim. Se limitaba a abrir el buzón con su llave, poner un pequeño saco bajo la trampilla y llevarse las limosnas. Más tarde, al gastarlas, notaba al tacto si había monedas de dólar o billetes de cien. ¿Qué le importaba a Sam, si todo era demasiado para sus necesidades?… Mark ordenó a Lewis que vigilase la llegada del ciego… y que le robase un día después de recoger sus limosnas.

Una intensa palidez cubría de nuevo las facciones de la muchacha. Y esa palidez se contagió a la de Jim.

—Lo comprendo ahora todo. Mark se disponía a volver a

Marfolk cuando yo le herí. Entonces aprovechó la situación para arrancarme aquella promesa, a fin de que yo fuese en su lugar. Si le había vencido a él, también podía vencer a Maxwell. Y entretanto, se repondría de la herida tranquilamente, esperando que yo te trajese a ti, y Lewis el dinero. ¿Tan enamorado estaba Mark de ti que se encontraba dispuesto incluso a arrostrar los riesgos de un encuentro con Fred Maxwell?

Judith bajó los ojos.

—Al principio es posible que lo estuviese. Pero ahora no creo esté dispuesto a dar diez dólares por mí. Si iba a buscarme a Marfolk, era únicamente para que no les delatase. Al menos, eso es lo que yo creo.

Poco a poco, las manos de Jim volvieron a ascender hasta los hombros femeninos.

—Ojalá sea así, Judith.

Sus recuerdos volaron entonces hacia el cuerpo exánime de Lewis, y en voz baja preguntó:

—¿Por qué sangró Lewis los caballos? ¿Para qué Fred nos cayese encima? Sin duda debió pensar que así tú no participarías en el reparto del botín.

—Eso fue lo que pensó, Jim. Muertos nosotros, Mark no conocería nunca su traición. Por otra parte, nuestra marcha debía coincidir con la llegada del viejo Sam para que, organizado el tumulto en Marfolk, nadie pudiera fijarse en si el ciego sacaba mucho o poco de su buzón, y para que nadie le siguiese hasta la salida de la población, donde Lewis pensaba robarle.

—¡Robarle! ¿Y por qué le mató? ¿No era bastante crimen despojarle de cuánto tenía?

—¡Lewis era un chacal rastrero y cobarde, que merecía la muerte! ¡Asesinó a Sam por miedo! ¡Temió que éste le reconociese alguna vez por el olor o la voz! Y se deshizo de él para siempre. Lo acordado era no hacerle ningún daño.

Un estremecimiento recorrió los poderosos músculos que resaltaban en los brazos de Jim.

—¡Lewis está muerto! ¡Tiene las mandíbulas rotas, y tres balas en el cuerpo! ¡Mark Peters le hará compañía muy pronto!

Judith se asió desesperadamente a él.

—No lo intentes, Jim. Mark es mucho mejor tirador que

Maxwell. Pudo haberle matado, pero entraba en sus cálculos fingirse cobarde. No te enfrentes a él, Jim. Nació para pistolero y acabará con quien se interponga en su camino.

—Celebro que sepa defenderse, Judith. De otro modo, la cosa resultaría tan aburrida…

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la salida de la habitación, pese a la resistencia de la joven. Ésta intentó retenerle con sus débiles fuerzas.

—¡Te quiero demasiado para que hagas esto, Jim! Mark te matará a traición. No esperes verle otra vez frente a frente. No creas que es como Fred Maxwell. ¡Quédate conmigo, Jim! ¡Podemos huir juntos de Ciudad de Plata! Podemos…

Jim abrió la puerta, cerrándola violentamente a su espalda. Y los dedos de Judith tocaron la madera fría cuando intentó abrazarse a él. Cayó al suelo, sollozando. Temió que Jim se hubiese ido sin perdonarla. Sus dedos se abrieron y cerraron varias veces, frenética e inútilmente. Elevó hacia la puerta cerrada sus ojos anegados en lágrimas.

—Yo sólo quería advertirte, Jim… Ya has corrido muchos peligros por mí… ¡Y yo te amo demasiado! ¡Te amo demasiado!

CAPÍTULO X

Como un reguero de pólvora parecía haberse extendido la noticia por la ciudad. Jim encontró la calle casi completamente desierta.

Sus pasos rítmicos, seguros, hicieron resonar las tablas del porche. Sus manos se balanceaban a la altura de las caderas, donde brillaban las culatas de sus revólveres. De un salto se plantó en el centro de la calle, donde sus pies levantaron una pequeña nube de polvo.

Avanzó lentamente. Sus ojos se habían vuelto tan grises como un día de tormenta. Sus manos acariciaban el aire que luego habían de herir con el movimiento de sus revólveres.

No sabía dónde estaba Mark, ni si alguien le había avisado ya de su presencia. Tenía seis balas en cada uno de sus revólveres, y esto era cuanto, por el momento, necesitaba saber. Dobló una esquina y vio hombres silenciosos semi ocultos en los porches. Rostros brillantes y ojos fanatizados se volvieron para verle pasar.

Fue a la altura del
Stockin's
Saloon, el más elegante de la ciudad, cuando empezó la pelea. Un sexto sentido le advirtió de que en aquella larga fila de porches había peligro. Sus manos rozaron las culatas. Y de repente, se echó al suelo.

Había visto brillar algo tras una pila de barriles colocada en la esquina, junto al saloon. La nueva y rutilante arma de Mark Peters crepitó, y la bala atravesó el lugar donde unos segundos antes estaba en pie Jim Latter, Este contestó al fuego con dos disparos casi simultáneos. Avanzó arrastrándose hacia los porches de su izquierda.

Hubo en toda la calle un movimiento general de retirada. Se

apagaron algunas luces y la calzada quedó en penumbra. Sólo la sombra de Jim se distinguió saltando junto a la pila de barriles.

Lentamente se puso en pie, con todos sus músculos tensos. Mark no daba señales de vida, aunque debían estar separados tan sólo por unos pasos. Lentamente, con una fría sonrisa en los labios, Jim apoyó su pierna izquierda en el barril base, e hizo fuerza. Los dos de encima, colocados en posición muy inestable, resbalaron sobre sus panzas, y la pila entera se puso a rodar con enorme estrépito, Mark, que estaba detrás, se hizo a un lado, sorprendido, y entonces Jim disparó.

La bala solamente causó un rasguño en el brazo derecho de Mark, sin herirle. Con los dientes apretados en una mueca rabiosa, respondió al fuego, y Jim se vio obligado a arrojarse a su izquierda, sobre las tablas del porche. En el saloon sonaron gritos. Mark hizo fuego otra vez, y corrió a refugiarse tras la esquina.

Los dos enemigos respiraron ansiosamente, con los revólveres a punto. Se habían encontrado ya dos veces, y sabían que ésta, la tercera, iba a ser la última. Había en sus recámaras balas ansiosas que esperaban matar al menos rápido.

Jim se pegó a la fachada. Tras la esquina estaba Mark Peters, el asesino más científico, el hombre más fríamente cruel que conociera en su vida. Casi podía oír su respiración a través de la madera.

Con la misma sonrisa fría, Jim lanzó su ancho sombrero tejano a través de la esquina… Lanzó su sombrero y se lanzó él, de modo que la prenda apareciera, rozando el suelo, unas décimas de segundo antes que su cuerpo. Mark lo vio saltar e hizo fuego instintivamente. Vio aparecer a su enemigo y quiso levantar al menos un revólver, pero ya era demasiado tarde. Dos ojos grises y dos ojos negros le miraban a un paso de distancia. Los ojos grises brillaron un poco más cuando los negros vomitaron fuego. Dos balas, cuatro balas, destrozaron la piel de Peters. Lentamente, dando una vuelta sobre sí mismo, el forajido cayó sobre las tablas del porche. Y un fajo de billetes se desprendió de uno de los bolsillos de su camisa. Un fajo de billetes manchados de sangre.

Jim enfundó sus revólveres poco a poco, y dio media vuelta. Sus pasos volvieron a sonar rítmicamente sobre las tablas de los porches. Rostros más brillantes que nunca, ojos más fanáticos que antes se volvieron otra vez para verle pasar. Jim Latter no se fijó en

nada de todo aquello.

Sus pasos le condujeron hacia el hotel donde se hospedaba con Judith. Sus ojos miraron hacia una de las ventanas iluminadas, donde se recortaba una silueta de mujer. Aquella silueta tenía levantada la mano. Parecía hacerle con ella una misteriosa señal que sólo él pudiera comprender. Los ojos de Jim Latter, perdieron su dureza al adivinar tras el cristal la figura solitaria de Judith. Y entonces su brazo se alzó también en un saludo breve, intenso, mientras dirigía sus pasos hacia la puerta.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain